

GENIIT

— sociología —
ciencia — literatura



Severino Campos: La función del trabajo en la sociedad libertaria.—Eugen Relgis: Variaciones al margen del Eclesiástico.—B. Cano Ruiz: Tribuna de libre discusión. La Genética contra el concepto clásico de la justicia.—Critias: Lumen et veritas. Ella y él.—Pinceladas.—Sergio: Rincón del saber.—Vladimir Muñoz: En la tierra de Hades.—El pensamiento vivo de T. Antilli.—Francisco Olaya: El informe Krutchev. La lucha por el poder.—Angel Samblancat: «Sophrosine».—Suno: Microcultura.—Eliseo Reclus, Miguel Bakunin, Pedro Kropotkin, Cristian Cornelissen: Antología Libertaria (folletón encuadernable.)

77

Mayo
1957

Revista Mensual

PRECIO: 80 FRs.



NUESTRA PORTADA



ESCLAVO

José Clemente Orozco es un pintor mejicano de trazo vigoroso y original, de cuyo estilo es muestra el cuadro que ilustra este número de «CENIT».

«Esclavo» es la imagen de la esclavitud moderna. La máquina esclava del hombre y el hombre reducido a la condición de una máquina más en el proceso monstruoso de la industrialización y la mecanización de la vida. Esclavo, con el cerebro y la boca cerrados con candados; robot al servicio de los que detentan las fuentes y los secretos de la energía.

La elocuencia muda de este cuadro, dice más que todos los libros y todos los discursos contra el delirio en que han caído los poderosos de este mundo.

José Clemente Orozco es el exponente de un arte social nuevo, que da al cubismo y al simbolismo un contenido revolucionario.

«CENIT» se complace en dar a conocer esta creación original, seguro de que con ello contribuye al enriquecimiento cultural y artístico de sus lectores.

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaria de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgeas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

LA FUNCION DEL TRABAJO EN LA SOCIEDAD LIBERTARIA



UCHAS son las hipótesis sobre lo que puede ser el trabajo. Unas se presentan desde un plano nacional, otras son de interpretación política. Entendemos, y hemos tratado de sopesar a conciencia el pro y el contra de todas, que ninguna de éstas ridimirá de su excesivo esfuerzo y mala remuneración a la clase laboriosa; pues la función del trabajo, para ser eficaz, fructífera y humana, ha de ejecutarse teniendo en cuenta las condiciones personales de quien lo efectúa.

No supone lo dicho que cada uno de nosotros deba realizar esta actividad cómo y cuándo le venga en gana. La vida humana es organización. Y el trabajo, factor esencial para la misma, ineludiblemente ha de tener una coordinación que haga menos penosa la intervención del individuo, a la par que el resultado supere lo que el hombre pueda lograr aisladamente.

Si decimos «ha de ejecutarse teniendo en cuenta las condiciones personales de quien lo efectúa», es porque la organización del trabajo que se establezca como función protectora de la Humanidad, contrariamente a las demás organizaciones concebidas, no deja de ver en el hombre la base de todas las operaciones de la vida social. Este reconocimiento no se debe al valor técnico constatado al través del ejercicio, sino que se establece a priori por el sentimiento de solidaridad, sin el cual no hay equidad en ningún aspecto de la vida. Esta es la premisa fundamental de la existencia, de donde se infieren muchas otras buenas condiciones personales, como son la dotación física, la vocación, la especialidad y otros factores que en unas personas se pronuncian más profusos que en otras.

Partiendo de que el trabajo es una actividad indispensable en la vida moderna, y la única a través

de la cual se logra la adquisición de lo que necesitamos, y el progreso para vivir cada vez en mejores condiciones, uno de los pasos primordiales es hacer sentir en el individuo la necesidad insoslayable de realizar ese cometido. Siguiendo esta determinación, que puede ser general, pero que seguramente no resolverá levantar voluntad en todos los hombres para la cooperación unánime, hay que admitir, como mal menor, la necesidad de una coacción moral sobre todos aquellos que se sepa pueden y no quieren trabajar. Se dirá que la coacción es una imposición atenuada; pero, incluso desde el punto de vista libertario, este proceder supone una actitud defensiva del patrimonio laborioso ante la imposición de los que, sin cooperar, pretenden sustraer de los idóneos trabajadores parte de lo que es su esfuerzo.

La cooperación laboriosa, para los fines de bienestar social, es problema esencialmente educacional. Admitiendo probables anomalías, que pueden hacer del individuo un ente de conducta refractaria, no hay ningún ser humano que en los primeros años de su existencia no pueda asimilar la convicción de que la vida implica cierto grado de obligación en el trabajo que mejor pueda desempeñar. Por lo general, en el período de niñez se pone de manifiesto la tendencia a imitar lo que se ve hacer a los mayores. Y queda fuera de toda duda, que ese es el período mejor para fecundar en el individuo la voluntad hacia el trabajo, la inteligencia y la especialidad.

Es pasados los diez o doce años primeros de nuestra existencia cuando nos adaptamos a determinadas situaciones ofrecidas por la sociedad actual, inhibiéndonos de lo que deberíamos estimar como condición suprema de nuestra existencia. Esto se debe a motivos varios, todos convergentes en la finalidad de malear los sentimientos altruistas y hacernos unos de otros objetos convencionales. En

la sociedad actual la vagancia es un delito en la conducta de los que carecen de patrimonio económico para cubrir su ocio. Si se dispone de ese patrimonio, adquirido por herencia, o por algún indigno sistema de explotación, las leyes y la moral de los sistemas vigentes admiten al vago como persona respetable y honorífica. Partiendo de ese lema se dice que es un buen trabajo hacer trabajar a los demás. Esta conducta, opuesta al sentimiento de cooperación, se incrementa, no solamente por los ejemplos simples que uno alcanza ver por sus propios ojos, si que también porque, tanto en el hogar como en la escuela, se cultiva ese proceder.

Esa finalidad no es expresión de ninguna ley natural. Es causa de una degeneración moral en el conjunto humano, opuesta a la solidaridad y protección de los unos hacia los otros, conducta que se rectifica en la medida que se supera el hombre. De ahí se infiere, como se ve y es de esperar, que aunque lentamente, el individuo se integra cada día con más confianza y cariño a una situación de garantía personal.

El punto de vista que prevalece actualmente, en cantidad alarmante de seres humanos, es el de defensa de sí mismo y de sus afectos más inmediatos, sin mirar si se sacrifica o no el derecho de los llamados ajenos. De ahí que el trabajo se estime como factor preponderante de comercio, y, lejos de mirarlo como tributo de efectividad social, se aprecie como fenómeno de especulación comercial. Este exponente, de graves consecuencias para la colectividad humana, lo desfiguran los privilegiados que se desenvuelven en la holgura y la abundancia, alegando que todos somos libres para llegar a esa situación. Se verá que no es así, cuando la condición de aprecio a nuestros semejantes sustituya la formación moral que ampara y arbitra entre nosotros toda clase de injusticias en la actividad laboriosa.

Que todo ello tiende a desaparecer no puede dudarse. Son ya muchas las causas que determinan a que el hombre se apoye en el hombre. Para tales efectos, el renacer de la confianza será de tanta efectividad como la elevación de la inteligencia. Pero a condición de que el apoyo se exprese en unos como sacrificio que deteriora constantemente su personalidad, mientras en otros extrema los placeres, hasta hacerlos viciosos y detestables, sino en el sentido de que prevalezca y se mantenga, perenne y candente, el justo medio de una relación de la cual todos adquiramos la justa proporción que nos pertenece.

El egoísmo que se aplica a la esfera del trabajo, como lugar donde el inspirado va directamente a desarrollar sus energías y su inteligencia, es exponente de condiciones admirables. Es plausible toda actividad que tiende a satisfacer las propias necesidades y las de los ajenos. Por el contrario, el egoísmo que proyecta actividades en la misma esfera, arbitrando energías ajenas, almacenando sus frutos como reserva de bienes para uso privado, por más que por estas vías el esfuerzo sea grande nunca fecundará bienestar y seguridad general. Sin tanto esfuerzo y preocupación puede llegarse a mejores resultados para todos.

La defensa privada de sí mismo y de los deudos,

desde el ángulo laborioso, todo y no estimándola recomendable, sin dejar de reconocer buenas condiciones en el que así se plaza, recaen todos los atenuantes de la comprensión. Los vínculos familiares, en el mundo que vivimos, frecuentemente se hacen acreedores de un nexo de solidaridad cuya preponderancia han de destacar quienes más facultades tengan. Unas veces porque en esa esfera sanguínea hayan menores de edad, otras porque existan indefensos o inválidos, la persona normal para el trabajo llevará el esfuerzo a un rendimiento superior a sus necesidades personales. Es una condición de ética social, de reciprocidad natural y bienhechora, que si hoy vemos se practica en los núcleos familiares, culminará algún día como norma ineludible en todos los pueblos que constituyen nuestra especie. Lo incontrovertible es, que se hace indispensable despertar en todos los seres un sentimiento de obligación hacia el trabajo, de cuya conducta puede desprenderse una estructura social con características equitativas capaces de satisfacer las más amplias necesidades, sin que se tenga que violentar a nadie como ahora.

En relación con este tema, quizá el más interesante que se presenta cuando se quiere abordar una transformación social con tendencia superatriz, se ha enjuiciado mucho la interpretación kropotkiniana. No son pocos los que dicen que de todo lo dicho por el autor de «La conquista del pan» no queda como exponente aceptable más que el buen propósito y la generosidad del revolucionario anarquista. ¿Están en lo cierto? Disentimos de esa apreciación. Vemos, que si realmente vale la pena modificar algunos preceptos tácticos, en lo que se refiere a métodos para aplicar el esfuerzo, cosa comprensible, por la misma evolución industrial, las bases del concepto comunista quedan en pie como norma justa y sana en la administración de intereses sociales. No solamente en lo que afecta a la equidad que debe ir impresa en la atención a las necesidades, sino también en la cooperación laboriosa que es factor preliminar a la distribución.

Disentimos de Kropotkin sí, en aquello de que será preferible mantener algunos vagos antes que obligarlos a que trabajen. Es decir, que ante estos casos, entendemos, que sin llegar a esa obligación donde flote la sustancia autoritaria con expresión brutal, hay recursos por medio de los cuales se puede lograr, de los refractarios al trabajo, por lo menos ese mínimo que corresponde a sus estrictas necesidades. Simplificada la vida como debe estar en una sociedad libertaria, sin los gravámenes propios de todo régimen estatal, el esfuerzo correspondiente a cada individuo, para dejar cubiertas todas las necesidades, será insignificante. De todos modos, esa insignificancia no puede aceptarse la resuelvan aquellos que con enorme voluntad tienen como norma el cumplimiento de su deber, excediendo la tolerancia hacia un vicio que fomenta grandes perjuicios de todo orden. Cabe suponer, que de obligar a los enemigos del trabajo, no pocos dirán se incurre en una extralimitación del fundamento ético correspondiente a las ideas ácratas; mas ante hechos concretos de ejemplos tangibles tendentes a desintegrar una armonía social que llega a ser patrimonio de dicha general,

hay que comprender que esto está por encima del mínimo respeto que pueden merecer algunos vagos.

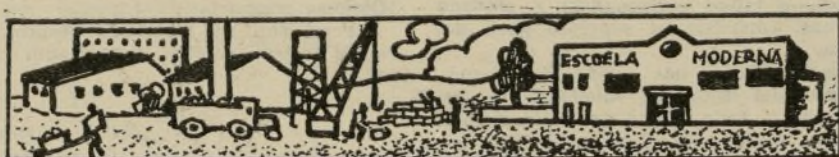
Se interpreta, y así lo entendemos también, que el problema de los refractarios al trabajo quedará reducido, en una sociedad libre, a proporciones de mínima expresión. Aunque lo conceptuamos como verdad indiscutible, la previsión tendente a evitar este mal indica deben tomarse las medidas adecuadas a su debido tiempo. Las mejores serán aquellas que a la niñez circundan su desenvolvimiento de ejemplos sanos. El niño tiene tendencia a imitar. Es la sugestión lo que prevalece en él. Lo que ve hacer a sus padres, que son los más cercanos a su presencia, es la imagen que asimilan y reproducen con más felicidad. Hasta tal extremo, teniendo en cuenta las excepciones, desde luego, que si el padre es herrero, carpintero o albañil, el niño tiende a secundar o continuar las labores en que se ha visto familiarizado. Esto es real, no solamente en el trabajo y otros ejercicios dignos de tener en cuenta, sino que lo es igualmente en lo que respecta a ejemplos negativos a la vida sana.

Entre las gentes comprensivas, y relativamente conscientes, el trabajo se acredita como función honorable del hombre. La irradiación del esfuerzo, en estos momentos, abarca actividades inútiles, unas veces, otras negativas completamente a la prosperidad social. Esto implica la necesidad de una revisión en la interpretación de normas de trabajo. Hasta llegar a la digna función laboriosa que se comprende como sistema solidario de esfuerzo y consumo en la sociedad libertaria, todos los ejercicios vigentes serán sometidos a honda depuración.

De todo el movimiento laborioso que vemos actualmente apenas si quedará una quinta parte con mérito para subsistir. Es necesario no perder de vista, además, que los que en esta sociedad capitalista y estatal trabajamos, no llegamos a una cuarta parte del contenido humano con capacidad física e intelectual posibles de utilizar. De ahí puede deducirse, aproximadamente, el mínimo esfuerzo a desarrollar por cada individuo como aportación al abastecimiento de todo lo que se necesita.

Sobre las ventajas previstas que el esfuerzo humano tendrá en una sociedad libertaria no está todo consignado en las alusiones precedentes. Surgirán muchas más. La evolución progresiva de la ciencia y del industrialismo conduce a la Humanidad, prescindiendo del mercantilismo que hoy damos a nuestras actividades, a una serie de conquistas que maravillarán al hombre. El signo indicador de esa posibilidad lo encontramos en lo que hoy se revela con poco impulso, ya que no son pocos los interesados en que la marcha del progreso sea lenta. La inteligencia del ser humano crea a cada momento nuevos elementos, siempre más perfectos que los que hay en uso, aplicables a toda clase de producción, gran parte de los cuales no entran en función productora porque así conviene a los interesados en que se carezca de determinados artículos. Todas estas realidades del mundo estatal concretan una limitación al desarrollo de lo ya existente, y una obstrucción fantástica a la inteligencia creadora y al esfuerzo constructor.

Severino CAMPOS



VARIACIONES

AL MARGEN

DEL ECLESIASTES

I

Hiceme obras grandes; me edificué casas; planté para mí viñas... tuve posesiones de ganado mayor y menor... amontoné para mí plata y oro... me proveí de cantores y cantoras, y de las delicias de los hijos de los hombres.
Eclesiastés, c. II, v. 4-8.

...Mirando en el impenetrable brillo del espejo, hablo a mi seblante:

—Tú, que ya tienes mis ojos, mis labios y mi frente, dime quién eres. ¿Cuál es tu misión en este mundo y cuál es la enseñanza de tu vida?

Fundido en la luz del cristal, tú, hombre, lograste deambular a través de todos los espejos de la Riqueza, y viste sólo el resplandor del fausto. En innumerables adornos, con carísimas fruslerías, en collares de perlas, en cadenas de oro, en vestidos bordados con seda y plata, salpicados de diamantes, rubies y topacios, sorprendiste el reflejo de tu rostro y sentiste la satisfacción de ti mismo, el orgullo o la altivez de aquellos cuya alma es árida, agotada, pero de carne saciada...

Arrojado a la vez con las centelleantes monedas de oro, fuiste a parar también en los bolsillos de los necesitados; a muchos aplacaste el hambre, y procuraste a algunos pocos una gran alegría. Acurrucado en la copa de cristal, besaste muchos labios perfumados; y, clavado en diademas y coronas, conociste el supremo gozo del poder y de la tiranía.

En agotadoras voluptuosidades has vivido, en el mágico y engañoso mundo del lujo; has saboreado lo que es raro y sutil y refinado — todo lo que en realidad para algunos, y sólo codicia, ansia e ideal para los muchos. Sabes, pues, qué es el maravilloso don de la existencia y no puedes menos que elevar a la Vida himnos de gloria y adoración.

...Pero, con voz lánguida, con tedio y aburrimiento, me contesta mi rostro deslucido, allá, desde el espejo: Vermis sum... Vanidad de vanidades...

II

Todos los ríos van al mar, y con todo el mar nunca se llena... Nunca se harta el ojo de ver, ni el oído de oír... Aquello que ha sido, es lo que será... pues no hay ninguna cosa nueva debajo del sol; y he aquí que el todo es vanidad y correr tras el viento.
Eclesiastés, c. I, v. 7-14.

...Hablé luego a mi desgarrada imagen en el espejo movedido del agua:

—Como la aguas que corren y se vierten una en la otra, has recorrido los continentes y los océanos. Has vivido en el incesante vaivén de las ondas; vaporoso, te has elevado en los reinos de las nubes; ávidamente, has sorbido las savias puras y vivificantes de la naturaleza...

Flores frágiles te han sonreído, envolviéndote en sus olores mientras te llevaba a través de montes y campiñas la corriente de un ágil riachuelo; la severa majestad de las rocas altas te sombrearon cuando te precipitabas con el torrente espumoso; has sentido también las grandes pasiones de las fuerzas terrestres cuando, arrastrado a través de la embocadura del río en el gigantesco hervidero del mar, has vagado, igual que las ciudades flotantes, hasta extraviarte en el hormiguero sofocante de los puertos o volver a encontrarte en la policromía exuberante de las costas tropicales...

Inmovilizado a menudo en el ojo vidrioso del lago, escuchaste en silencio los secretos de sus profundidades, recibiste la caricia aterciopelada del cielo, y te traspasaron los rayos de las estrellas. Y de día, al escabullirte entre los dardos de fuego, has saboreado el hidromiel del sol.

Entre todas las hermosuras y magnificencias del mundo has vivido, en el seno de todas las armonías cósmicas... y con las esencias de la eternidad te has alimentado. ¡Dichoso eres!

...Pero, con un resignado suspiro, mi rostro reflejado en mi mismo, repite: Vermis sum... Yo no soy eterno...

III

...Me he engrandecido, y he acaudalado la sabiduría más que todos los que ha habido en Jerusalem antes de mí... Y supe que esto también es correr tras el viento. Porque en la mucha sabiduría hay mucho enfado; y quien aumenta el saber, aumenta el dolor.
Eclesiastés, c. I, v. 16-18.

...Miré luego en el espejo de los ojos y dije a mi imagen:

—Pequeño, cual grano de trigo, te ocultas en las pupilas y penetras en las almas. Conoces todos los secretos cerrados con siete llaves, todos los deseos, las codicias, los fracasos y los dramas del hombre. Persigues los sentimientos de cada uno y, como sobre una pantalla, ves el urdir y el destramar de los pensamientos más allá de la retina.

Sabes el buen y el mal pensar, descubres todas las intrigas, ves cómo hierven el odio y el dolor, cómo roen en los rincones los gusanos de la envidia y de la hipocresía... No ignoras las maniobras cerebrales, el empeño metódico del erudito, la serenidad del sabio, el tanteo de la mente en el caos de la creación... Arrancas los velos de las pasiones y, presenciando todas las comedias y tragedias del amor, investigas fría y lúcida los enredos de tantas ambiciones y ansias, sorbes la dulzura de la bondad, los consuelos de la fe, pero también los placeres de los nervios y de la sangre, y te deleitas ante las enconadas guerras de la conciencia...

Todopoderoso eres en los dominios del alma. Todo lo descubres en los mágicos laboratorios de la mente. Conoces, pues, la naturaleza humana y los misterios del pensamiento. ¿Se puede encontrar una dicha más grande?

...Como un eco, resuena nuevamente el Vermis sum... La felicidad es una quimera...

IV

Las palabras de los sabios, dichas sosegadamente, se oyen mejor que la gritería de aquel que es príncipe entre los insensatos... Más vale la sabiduría que las armas de guerra; pero un solo pecador destruye mucho bien.

Eclesiastés, c. IX, v. 17-18.

...Y, errabundo en las tinieblas y la lluvia de la noche, sorprende a veces mi rostro en los charcos fangosos de las calles:

—Cubriste tu faz con el velo de lodo y penetraste en el infierno de los rebaños humanos. Viste la riña por el pan, de los que no tienen nombre, ni paz, ni justicia... Las bestiales mordeduras en carne viva, el tráfico de los cuerpos, la profanación de las almas, la violación de las conciencias y los abyectos placeres de los malos pastores... Ya oíste los crujidos de los huesos y los músculos en las malditas cuevas del Trabajo; y los aullidos de muerte de los atrapados por los colmillos de acero de las máquinas, en fábricas y astilleros... Con indecible espanto escuchaste el huracán de los padecimientos humanos — sus gemidos, sus gritos, sus rechinos — y las imploraciones de los hambrientos y las contorsiones de los mutilados... Y has caminado sobre cadáveres, has pisoteado a los vencidos en «la lucha por la existencia», a los desangrados por los vampiros del dinero, o corroídos por el cáncer de la miseria, o lacerados por las garras ciegas del incesante guerrear planetario...

Has vivido plenamente la epopeya del genio satánico, dueño de este mundo. Ya sabes lo que es la vida, la tuya y la de tus semejantes.

...Pero, con sarcástica carcajada, mi rostro enmascarado de lodo, contesta una vez más: Vermis sum... Todo es inestable, todo pasa y perece...

V

...Como clavos profundamente hincados son las palabras de los maestros de las asambleas... De hacer muchos libros no hay fin, y el mucho estudio es cansancio de la carne... Hay un tiempo de callar y un tiempo de hablar... y todos tornan otra vez al polvo...

Eclesiastés, c. XII, v. 11-12, c. III, v. 7-20.

...Y finalmente he reflejado mi rostro en el cuadrante que mide el Tiempo, y me dijo:

—En el monótono girar de ruedas y ruedecillas, ves como se desprende al instante, uno tras otro, y se reúne en minutos. Ves como corren las horas en irrefrenable sucesión de los días y las noches. Sigues el cortejo, tan cargado y tan abigarrado, de los años que se pierden en el abismo insondable de los siglos y milenios...

Desentierras las hecatombes de las generaciones y de los pueblos. Puedes leer el pasado en capas geológicas, en inscripciones y en las hojas de las crónicas. Investiga la evolución de la vida terrestre y la historia de las luchas por el poder y la gloria, o por más justicia y libertad... Te conmueves ante el primer tallo que brota en el desierto, ante el beso instintivo de la especie, ante la primera chispa de inteligencia surgida en la testa del picanthropo. Y el presente te agobia con las magnificencias de la técnica y los espejismos del arte, con su civilización y su cultura que oscilan entre cumbres y precipicios.

Adivinas los enigmas de la vida y de la muerte... percibes los secretos siempre renovados de los mundos y los infinitos de la eternidad. Sabes lo que fué una vez, conoces todo lo que existe ahora — y lo que será no es más, para ti, que un silogismo o mero juego de ajedrez.

...Pero, igual que el tic-tac obsesionante del Tiempo, resuenan nuevamente: Vermis sum... Vanidad de vanidades, todo es vanidad...

Eugen RELGIS



TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION

LA GENETICA CONTRA EL CONCEPTO CLASICO DE LA JUSTICIA

Fuera de la ciencia, ¿cuál verdad ha comprobado el hombre? — EINSTEIN (en su célebre controversia con M. Plank).

Al amigo J. Peirats, fraternalmente.



ASTA mediados de abril no ha llegado a mis manos el núm. 74 de «Cénit», correspondiente al mes de febrero, en el que se insertan tus aportaciones últimas, hasta el momento, a esta charla que estamos manteniendo. Sin más preámbulo, creyendo que es bueno el método que hemos iniciado, paso inmediatamente a exponer mi opinión sobre estas nuevas fases del asunto.

Aunque el meollo de nuestra discusión no estriba en el detalle que quiero señalar, me parece oportuno decir que tu respuesta a mi primera pregunta no se ajusta a la realidad histórica. Dices tú que **toda noción de justicia o de moral, clásica o no, considera al individuo como poseedor de una voluntad.** No creo que sea así. Los modernos conceptos de la justicia difieren mucho de esa opinión tuya tajante y categórica. Incluso, en la aplicación actual de la justicia, hay influencia de esos otros conceptos que consideran al individuo como un producto del medio en que se mueve en combinación con su ser **fisiológico.** En uno de los últimos números de «CNT», en ese enjundioso trabajo de Gastón Leval sobre la ética de Bakunin, Leval cita un párrafo de Bakunin que viene a decir más o menos esto (no tengo presente el número de «CNT»): «En la conducta del individuo influyen tanto el medio, con su complejidad de factores, y la realidad física del mismo que la voluntad casi ni cuenta.» Este pensamiento de Bakunin, que tanto se ajusta a ese criterio mío que tanto te espanta, es permanente en él. Pedro Gori dice aún más en «La justicia ante los tribunales». M. Guyau dice otro tanto en «Esbozo de una moral sin sanción ni obligación». Y, por otra parte, fuera incluso de nuestra literatura, los modernos criminalistas propugnan por las prácticas del psicoanálisis y el estudio concienzudo de los antecedentes, para conocer las causas que determinaron el

acto que se enjuicia y establecer el grado de responsabilidad del individuo. Toda esta corriente se aparta del concepto de libérrima voluntad de la justicia clásica, puesto que admite las influencias ajenas y superiores a la voluntad misma que contribuyeron a la realización del acto. Podía, créemelo, aportar muchos datos para demostrarte que no **toda noción de justicia y de moral se basamenta en la admisión de la libérrima voluntad del individuo,** pero el buen orden de esta charla reclama mi atención sobre otros puntos en los que emplear mi turno.

A mi segunda pregunta contestas que **a la genética, como a toda ciencia que se precie de serlo, le está vedado sacar ciertas deducciones de tipo filosófico.**

Con esa contestación queda incontestada mi pregunta sobre si la genética niega o no la **existencia de esa voluntad,** lo que, en definitiva, es el eje de nuestra plática. Al preguntar yo si la genética niega o afirma la existencia de una voluntad libérrima en el individuo, no quería involucrar la ciencia con la filosofía, sino que seguía el camino que hemos seguido siempre para sacar nuestras deducciones. Trataba de apoyarlas en realidades científicas, realidades que llevan implícitas siempre unas deducciones. Cuando la ciencia afirma que la Tierra da vueltas alrededor del Sol, esta simple afirmación ya lleva implícita una negación de la suposición religiosa de que el Sol da vueltas alrededor de la Tierra. Al comprobar ese hecho, aunque la ciencia no haga filosofía, modifica los conceptos filosóficos que se oponen a esa **verdad científica.** En ese mismo sentido digo yo que la moderna genética niega la existencia de esa voluntad libérrima al comprobar con hechos que todas las manifestaciones de la vida humana pueden modificarse por medios físicos y que esas mismas manifestaciones están siempre determinadas por esos medios.

Mi tercera pregunta y tu respuesta no son fundamentales en los problemas base que estamos discutiendo. Por ello, permíteme que la pase por alto.

Mi cuarta pregunta, junto con la siguiente, forman el verdadero eje del problema sobre el cual charlamos. Dices que confiesas tu incapacidad para explicar científicamente el voluntarismo, y es natu-

ral que así sea, porque el voluntarismo no tiene ninguna explicación científica. No ha habido nadie que haya podido explicarlo científicamente. Es porque sus raíces son eminentemente religiosas y no resisten confrontación alguna con las verdades que la ciencia descubre. Y aunque tú te muestres bastante escéptico hacia esas verdades, las hay de ellas que no pueden negarse. En este plano me causan horror tus argumentos sobre **los límites de la verdad científica**. No creo que tú afirmes otras verdades que las científicas. Las **verdades metafísicas** no creo que sean las tuyas y fuera de la metafísica sólo hay la ciencia (si entendemos por ciencia el descubrimiento y la comprobación de las leyes por las que se rigen todas las manifestaciones de la vida).

Siendo simplemente lógicos hemos de llegar a la negación de esa voluntad. Si primero hacemos una definición de lo que entendemos por voluntad veremos que no podemos salirnos de esta: **la facultad que se atribuye al sér humano de orientar sus actos independientemente de cualquier otro factor**. Fuera de esa facultad libérrima no se concibe la voluntad. Si la voluntad está sujeta en algún momento a cualquier influencia ajena a ella misma, la esencia misma de la voluntad se derrumba, puesto que ya fué determinada. No hay compatibilidad alguna entre el concepto de voluntad y el de causa y efecto. El concepto de voluntad lleva inherente la idea de que puede haber algo que, sin ninguna causa que lo haya motivado, se produce. Lo contrario, si el producto de la voluntad, la voluntad misma, tiene una causa anterior, la voluntad desaparece. Voluntad y libre albedrío vienen a ser una misma cosa, y el libre albedrío, según todas las definiciones que conozco, es la facultad que el sér humano tiene de sustraerse a cualquier influencia ajena a este mismo libre albedrío para la realización de sus actos, o, cuando menos, para la realización de algunos de sus actos.

Admitida esa definición de la voluntad—y no creo que esencialmente puede concebirse de otro modo—no tenemos más remedio que admitir que en el sér humano hay algo que escapa a sus funciones fisiológicas. La voluntad, para ser tal, no puede ser influenciada por la corriente sanguínea, ni por las sacudidas nerviosas, ni por el metabolismo general de la vida física, ni siquiera por las sutiles manifestaciones de nuestra electricidad o nuestro magnetismo, como consecuencia, no puede ser el producto de ninguna manifestación de nuestro sér físico—pues es una ley que todo producto está determinado por sus componentes—incluso tiempo y espacio—. Y si la voluntad no es el producto de nuestro sér físico—así lo dices tú en la contestación a mi quinta pregunta—¿de qué es el producto?—. La simple admisión de que hay algo en nosotros que no es nuestro sér físico ni depende de él, lleva implícita la admisión de la existencia en nosotros de algo que es metafísico. Esa es la esencia misma de la idea del alma o el espíritu, idea sobre la cual se basan todas las religiones, porque es idea religiosa cien por cien. No creo que tú afirmes la existencia de ese dualismo en el sér humano, admitiendo la existencia del alma metafísica y el cuerpo físico. Si tú admitieras eso dejarías de ser ateo; y van tan unidos ateísmo y

anarquismo que no puedes dejar de ser lo uno sin dejar de ser lo otro. Y tu anarquismo es bien sólido.

Yo afirmo que alma, espíritu—en su verdadera acepción religiosa, pues no hay acepción para esos vocablos, analizados en su verdadera esencia, fuera de la acepción religiosa—van indisolublemente ligados a la voluntad y no puede haber voluntad fuera del alma o del espíritu. Por otra parte, yo digo que la ciencia, al comprobar, catalogar, clasificar y deducir la verdadera naturaleza de algunos hechos niega la existencia de ese alma o espíritu, que ha sido base de todas las religiones. Y al negar esa idea, niega, como consecuencia, la existencia de esa voluntad de que charlamos. No creo que sea necesario que yo te argumente sobre la negación del espíritu o el alma. Eso equivaldría a razonar mi ateísmo y eso, entre nosotros, no es necesario. Pero si quiero razonar un poco, lo poco que me permita el espacio que me toca en este turno de ocupar las páginas de «Cénit» para argumentar lógicamente en pro del determinismo, para tratar de demostrarte que si tú confiesas tu incapacidad para explicar científicamente el voluntarismo, yo, un poco más atrevido que tú, sí me creo capaz de explicar algunas razones científicas que apoyan el determinismo. (Esto se refiere a tu contestación a mi cuarta pregunta.)

Lo que yo considero como determinismo es la tesis que se basa en la idea de que no hay efecto que no tenga una causa. El determinismo señala el hecho de que todo lo que se conoce en la naturaleza es producto de algo y que, siempre, ese algo responde al conjunto de factores que lo produjeron. Creo que esta es la idea-base del determinismo. Y que esta idea-base responde a la realidad de la vida que el hombre conoce lo demuestra toda la vida del hombre mismo. Esa idea es la base de todo el conocimiento que el hombre posee. La química se basa en el conocimiento de que los mismos ingredientes, en las mismas circunstancias, producen el mismo producto. (Es el determinismo.) La física se basa en que circunstancias análogas, con factores iguales, producen hechos idénticos. (Es el determinismo.) La biología ha descubierto que el milagro de ese laberinto de matices que son las manifestaciones de la vida toda, se debe a que idénticas circunstancias vitales producen idénticos resultados vitales también. Ahí está para demostrarlo la determinación que en las manifestaciones vitales tienen los factores clima, condiciones químicas y situación geográfica, incluso en las manifestaciones más sutiles de la vida. Si no fuese por ese descubrimiento **determinista** que el hombre hizo de que no hay efecto que no tenga una causa y que las mismas causas producen los mismos efectos—(Determinismo)—, el hombre no tendría ninguna ciencia ni ninguna técnica. El determinismo, pues, para ser breve, en el campo científico y de hechos reales, tangibles, palpables, no puede negarse. Ahora, donde más difícil es admitirlo es en el orden psicológico, como apuntas tú mismo en la contestación a mi pregunta quinta. Por eso precisamente escribí en el número extraordinario de «Tierra y Libertad» ese esbozo sobre las realidades científicas que amplían el campo del determinismo hasta las esferas de eso que llamamos psicología. Y hoy, aunque tú quieras ponerle límites a la verdad cien-

tífica, los hechos, los experimentos, las comprobaciones—que son los únicos trozos de verdad que el hombre puede aceptar—están demostrando de que eso tan sutil que tú llamas el mundo psicológico y que según tú, está separado por un abismo insondable del mundo anatomo-fisiológico, no es otra cosa que el producto íntegro de nuestra anatomo-fisiología. Eso está demostrado ya, aunque esa demostración te cause pavor a ti y al ilustre biólogo J. Rostand. No podemos entrar ahora en el detalle de la infinidad de comprobaciones científicas que corroboran esta afirmación mía. Ya se me termina el espacio y en esta charla nuestra, para no ser pesados y continuar disfrutando de la hospitalidad de «Cénit», creo que debemos ser prudentes en el espacio que ocupemos. Por ello, situada ya la discusión en su verdadero punto, me parece que debiéramos limitarnos por ahora a poner en claro la existencia o no de esa voluntad en el hombre. Sobre las consecuencias que de una u otra conclusión hayan de sacarse ya hablaremos a su debido tiempo.

Sobre toda la serie de conceptos que llenan la sexta, última y más larga exposición de tus pensamientos, creo que no es tiempo aun de entrar de lleno, si queremos llevar un cierto método en esta plática. Me parece que para nosotros mismos y para los pocos lectores que podamos tener es conveniente que terminemos un punto, antes de enfrascarnos con

el otro. Con arreglo a eso, en este trabajo, yo siento dos hipótesis:

Primera: La admisión de la idea de voluntad lleva implícita la admisión de la idea de alma-espíritu, de esencia eminentemente religiosa.

Segunda: La ley de que no hay efecto sin causa (determinismo) es universal y rige todas las manifestaciones de la vida, incluida la conducta humana.

Creo que nuestra plática debiera orientarse, por ahora, sobre la demostración del aserto o error en estas afirmaciones. Demostrada una u otra cosa llegaremos lógicamente a las consecuencias. Si somos incapaces de analizar debidamente estos principios difícilmente podemos analizar o enjuiciar sus consecuencias. Y no creas que tengo temor alguno en hablar de lo que lógicamente se deduce de estas tesis que yo sustentó. (Tesis que ya han sido sustentadas por muchas otras gentes con una brillantez en la que yo ni puedo soñar), sino que prefiero llegar a cada lugar a su debido tiempo. Y te prometo intentar demostrar que fuera de las consecuencias lógicas que se derivan del determinismo no hay anarquismo posible y que el voluntarismo es esencialmente antianárquico. A lo que habremos de llegar de deducción en deducción.

B. CANO RUIZ

UNA nueva teoría sobre el origen de la vida en la tierra supone que la capacidad de emplear la energía solar surgió casi en los comienzos. Esta tesis fué planteada por el doctor Sam Granick, fisiólogo de plantas del Instituto Rockefeller destinado a la investigación médica.

El doctor Granick opina que la fotosíntesis podría haberse iniciado en nuestro planeta mucho antes de lo que se había supuesto hasta ahora.

En el pasado las ideas generales eran de que la fotosíntesis apareció sólo después de haberse la vida desarrollado hasta un estado bastante complejo. La fotosíntesis es el mecanismo por medio del cual los vegetales verdes captan la energía solar para elaborar compuestos químicos y es el primer modo en que la energía es suministrada a la tierra.

En su suposición relacionada con la forma en que se inició la vida en nuestro mundo, el doctor Granick cree que hubo un mecanismo primordial que inició la vida teniendo alguna clase de energía que actuó sobre un mineral como una primitiva unidad de energía. El mineral debería actuar en una atmósfera con agua y sin oxígeno, con la luz solar como fuente de energía.

Un mineral oscuro, como la magnetita—forma de mineral de hierro—, absorbería la luz solar y tendría la propiedad de descomponer el agua. Sería un fotocatalizador y desarrollaría materiales orgánicos. La vida habría comenzado en esa alta concentración

de materiales mediante el empleo de la energía solar.

El doctor Granick hace resaltar que muchas de las enzimas del organismo poseen átomos de metales como puntos focales de sus actividades; las compara con iones de metales inorgánicos y encuentra que tienen propiedades similares. Los átomos metálicos tienen la capacidad de concentrar a su alrededor algún material, produciendo reacciones y formando protoplasma. Esa clase de reacción está siendo estudiada en los laboratorios.

La magnetita pura, que el doctor Granick cree que puede haber sido la unidad de energía, tiene propiedades relacionadas con las baterías solares inventadas recientemente.

El doctor Miller hizo centellear mezclas de gases durante una semana y obtuvo nueve aminoácidos, de los cuales la glicina, la alanina y los ácidos aspártico y glutámico se encuentran en las proteínas. También se identificaron los ácidos glicólico, láctico, fórmico, acético y propiónico.

El científico de Columbia supone que tales compuestos se formaron cuando la tierra era joven. Luego fueron arrastrados por las lluvias y reaccionaron en el océano, dando aminoácidos y otros compuestos complejos.

Aunque la síntesis de los aminoácidos no es la síntesis de la vida, el doctor Miller opina que es un paso hacia la comprensión de cómo la materia viva surgió en la tierra.

LUMEN ET VERITAS

Ella y él

No hay amor que resista a un gorro de dormir.—BALZAC.

ELLA.—Entonces, ¿me amas?

EL.—Sí. Y sin duda ya te habías dado cuenta de ello.

ELLA.—No, precisamente... ¡Oh! Veía que parecías sentir cierto placer al encontrarte a mi lado. Pero siempre eres tan reservado, que no podía saber si se trataba solamente de simpatía o de algo más profundo.

EL.—En efecto, mi actitud ha debido parecerle rara y un poco indecisa. Mas no quería hacerte conocer el sentimiento que hacia ti sentía, antes que de él no estuviera bien seguro... Como has podido ver, algo diferente, al proceder común de tus habituales adoradores.

ELLA.—¡Oh! En cuanto a eso, tienes razón... De ti nunca me ha venido un obsequio, nunca he recibido amabilidades particulares, ni confidencias, ni un gesto de aproximación, ni siquiera uno de esos roces que cautivan a los enamorados... Conversaciones interesantes sobre los asuntos más diversos... Parecía que en mí sólo encontrabas a una auditora complaciente para escuchar tus palabras... A veces, sin embargo, había en tus ojos una mirada que iba más lejos que tus palabras. Pero era tan sólo un relámpago... ¡Qué diferencia con los otros!

EL.—Me alegra el que hayas notado esa diferencia.

ELLA.—¡Oh! Pero me causabas impaciencia con tu aparente frialdad. Cada vez que nos hablábamos me preguntaba si nos volveríamos más íntimos o nos separaríamos más distantes... ¡Fíjate! Aun en este momento, en que acabas de decirme que me amas, estamos aquí como forasteros, somos los dos como extraños el uno al otro.

EL.—Es que no sé si compartes mi sentimiento y si sientes por mí el afecto que por ti siento.

ELLA.—¿Y si te respondiera por la afirmativa?... ¿Si te dijera que esperaba con impaciencia el momento en donde me hablarías como acabas de hacerlo?

EL.—Me causaría inmensa alegría.

ELLA.—Y... ¿Todo eso es lo que tienes que decir? ¡Qué enamorado tan raro!... Me declaras el amor... Te hago comprender que no me eres indiferente. Y sólo encuentras en tu vocabulario la frase «me causaría inmensa alegría», con un tono igual al que se emplea para decir que llueve o hace buen tiempo... Además, conservas la misma actitud que antes, como si nada hubiera pasado... Otro hombre me hubiera tomado las manos, habría hundido su mirada ardiente en mis ojos... y con pasión me hubiera dado un beso para sellar nuestro acuerdo.

EL.—Sí. Es probablemente lo que hubiese hecho otro hombre. Pero para mí, hubiese sido echar a perder un momento tan exquisito.

ELLA.—¿Echar a perder?... ¡Qué cosas tan raras dices!

EL.—Me doy cuenta que, hasta ahora, en el terreno del

amor has tropezado sólo con torpes novatos... No debe robarse nunca un beso. Y, sobre todo, el primer beso... Ese beso, amiga mía, hay que prepararlo, esperar que el deseo de él engrandezca el amor mutuo. Precisa que sea la coronación de una atracción cada vez más imperiosa, el punto de arpa de una sinfonía que se eleva hacia nosotros, cuando se carece ya de palabras para expresar lo que se siente... Eso se cata, se saborea por una lenta aproximación, una llamada de los cuatro labios ardientes. Y cuando estos labios se besan, es algo así como un deslumbramiento, una revelación que dejará su huella en el recuerdo... Adivino que no debes saber lo que es un beso de amantes. Un beso que estremece hasta las fibras más íntimas de nuestro ser y del cual queda un perdurable éxtasis... ¿Me comprendes?

ELLA (pensativa).—Sí... Creo que sí...

EL.—Y debes comprender también ahora, que un beso así, el primer beso, no debe darse a la ligera. Hay que prepararlo como se prepara una obra de arte. Necesita su tiempo, precisa su lugar y circunstancias, es decir, de todo un conjunto de condiciones necesarias, para que sea algo bien diferente al beso vulgar, gesto banal y sin importancia.

ELLA.—Comprendo... Es bastante justo... En suma, hay que ser artista en amor como en todo... Pero entonces, ¿qué opinas tú del impulso amoroso?

EL.—Mucho más tarde es cuando uno debe dejarse transportar por el impulso amoroso. Pero nunca al principio. La guirnalda de caricias amorosas sólo debe efectuarse con tacto y circunspección. Se necesita para ello la delicadeza necesaria a la que se emplea para pulsar las cuerdas de una lira. Al hombre le toca aquí frenar, reprimir y razonar su impulso. Y sobre todo, cuando su probable amante es una novicia y él su iniciador. A menudo, ocurre lo contrario. ¡Cuántos amores murieron así! ¡Cuántos amores mueren no más nacer, por la torpeza impetuosa de impacientes hombres!... ¡Cuántas mujeres han sentido una amarga desilusión, allí donde espñaban encontrar la felicidad suprema!... El amor, amiga querida, debe ser conducido, vuelvo a repetirte, como una sinfonía, con su andante, su scherzo, su leit-motif... Y si se malogra la sinfonía, causa es de los impacientes que pretenden llegar a las cimas del amor de un salto. Responsable es, sin duda, en este caso, el hombre. Pues sólo piensa en su propia voluptuosidad, cuando exclusivamente debería pensar en la felicidad de su compañera.

ELLA (de más en más pensativa).—Verdaderamente, abres ante mí horizontes insospechados que ni siquiera sabía que pudiesen existir... Me encuentro conmovida... Pero, ¿no supone en ti, cuanto acabas de decirme, una larga experiencia en el amor?

EL.—No cometas la tontería de sentirte celosa del pasado de nadie... Medita este viejo adagio que usan en Francia para el sexo femenino: «Es preferible ser la última mujer

de un hombre que la primera... Debes al contrario sentirte contenta, porque en la comparación de todas cuantas te han precedido a ti te he elegido... Por mi parte, debo decirte que no me importa lo más mínimo saber a cuántos autorizastes a que te cortejaran antes... ¡Mira! Nada cambiaría mi afecto hacia ti, nada haría palidecer mi amor por ti, si me dijese, por ejemplo, que ya no eres virgen.

ELLA (indignada).—¡Oh!...

EL.—No te escandalices así. No soy de los que dan una estúpida importancia a la virginidad. Huele eso a lo salvaje, al hombre primitivo. Es el orgullo bestial del macho, cuya fatuidad se conmueve al ser el primero en hollar un jardín en donde nadie ha sido aún admitido, y que se figura que ha sido reservado para él solamente, para el gran sacrificio del amor... En esta común manera de ver, no solamente hay orgullo, sino también un instinto de propietario hacia un terreno que a nadie había pertenecido antes que a él... ¿Con qué derecho podría yo sentirme celoso por lo que hayas hecho antes de conocerme?... Tú eras y eres libre, ¿no es verdad?... Y aunque hubieras hecho una infeliz experiencia, para mí ahora representaría una gran ventaja, pues habrías conocido la desilusión, y adquirido alguna experiencia del hombre, de la cual sería yo el beneficiario. Y sabrías mejor lo que haces ahora al entregarte de nuevo. Te arriesgarías menos de engañarte otra vez.

ELLA.—Verdaderamente, encaras las cosas bajo un aspecto inesperado y desconocido.

EL.—Y no es eso todo. No solamente yo no admito los celos retrospectivos, sino que tampoco los admito ahora, en el presente. Los imbéciles ven en los celos una prueba de amor. En ellos yo veo, sobre todo, una manifestación de amor propio ofendido. La vida entre amantes, sólo me parece posible, cuando está basada en la confianza recíproca y en la completa libertad de movimientos... Lo cual implica verdaderamente una completa y entera confianza por las dos partes. Y también entiendo que, cuando el sentimiento amoroso se debilita y se siente el declive del amor, no hay que titubear ni un momento en manifestarlo. El o ella, desde luego, se dan cuenta en seguida.

ELLA.—Y según tú, ¿qué hay que hacer entonces?...

EL.—Entonces hay que separarse. Simplemente. Sin necesidad de hacer escenas y provocar recriminaciones. Sea cual sea la pena que de ello resulte, vale más accionar así, para no tener de oscuro el claro recuerdo de los gratos momentos pasados en conjunto.

ELLA.—Pero... ¿Y si hay niños?

EL.—No debe haber niños.

ELLA (asombrada).—¿Cómo?...

EL.—Pues, que no debe haber niños. La llegada del niño, es el fin del amor. Con el niño terminan los amantes y aparecen los reproductores. Sé que piensas que eso es una evolución lógica y natural, que el niño es el lazo de unión entre los padres. Eso es precisamente lo que yo quería decir. El niño sólo debe llegar cuando el amor está a punto de morir, pero que aun los que se proponen ser padres, se aman lo bastante para poder vivir juntos, y piensan que les será de suma utilidad añadir a su tolerante afecto, el cariño que los dos sentirán por el niño que amorosamente crearán. Aunque muera el amor, será el niño un hijo del amor. Pero esto, desde luego, es discutible. En numerosos casos corrientes, el niño separa en vez de unir a los padres. El hombre, fastidiado por los gritos de la criatura, prefiere ir al café o al club, dejando a su mujer el cuidado de ocuparse de ella, jugando así a las muñecas...

ELLA.—Por mi parte, encuentro que eso es muy natural...

EL.—Es en efecto una cosa muy natural, y que a no dudar conviene a la mayoría de la gente, pero que, en cuanto a mí, te confieso que de ninguna manera me sorprende... Me encuentro a veces asombrado cuando oigo cómo elogian algunos hombres a su descendencia de cinco, seis o más niños, y de haber transformado a su mujer en gallina ponedora o en Madre Cigüeña. Hablan de ello como si hubiesen realizado una hazaña extraordinaria. Sienten una especie de orgullo ridículo, algo así como si hubiesen realizado una acción deslumbrante... Y para mí pienso que se conducen simplemente como animales, y que la gata de la vecina hace otro tanto dos veces por año.

ELLA.—Eres extraordinario... Pero si todo el mundo pensara como tú la humanidad desaparecería.

EL.—Dejemos aparte a don Todo el Mundo. Te amo, trato honestamente de que comprendas el verdadero amor y, logres por tu parte amarme también. Debemos pues, resolver tú y yo, este problema. En cuanto a lo otro, te diré que no veo que fuera un gran mal si la humanidad actual desapareciera. Yo amo a nuestros hermanos los seres humanos, pero para que desaparezcan tal cual son ahora, y den así paso hacia nuevos seres humanizados que posibiliten otra humanidad basada en el fraternismo y en la concordia. Esta raza humana que tenemos delante... habría que demostrarme en qué es necesario que se perpetúe. La Tierra se pasó de ella, en casi toda su existencia, y continuará circulando en el espacio infinito mucho después que los hombres habrán desaparecido... Pero tranquilízate. La humanidad que yo amo, la otra humanidad que ha de venir sobre las ruinas de la presente vivirá también antes de que nuestro mundo fenezca y sea ese cementerio ambulante que es la Luna. En cuanto a esta fea humanidad, no desaparecerá muy pronto. Siempre habrá numerosos niños (1).

ELLA.—Con tus razones, siempre me has parecido algo exagerado.

EL.—¿Lo crees así tú?... Pues déjame profundizar aún más. Estimo que en nuestra época es casi criminal procrear hijos. Los que los hacen nacer accionan como inconscientes. Ni por un momento piensan en el probable porvenir, en el futuro inquietante que se presenta para esos seres que no demandaron venir al mundo. Con una culpable inconsciencia, no miden la terrible responsabilidad que contraen. Ni por un instante se preguntan qué es lo que responderían si alguno de sus hijos les reprochase algún día el haberlo lanzado a este «via crucis» que es nuestro mundo... Apenas pensar con la ligereza que se cumple el acto generalmente más grave, ¡el más cargado de responsabilidad que un ser humano pueda cometer: ¡dar una vida que aun no existe!... Apenas, repito, pensar que se cumple este acto con una loca indiferencia, con una ligereza que podríamos llamar animal. Igual que la gata de la vecina, como antes te dije.

ELLA.—Me atemorizas... Eres extraordinario... Nunca había yo pensado en todas esas cosas. Al menos, como tú me las cuentas... Exageras tu responsabilidad en cuanto a los niños. Oyéndote, parece que fuera un crimen tenerlos (2).

EL.—Tal vez exagere mi responsabilidad, porque siento confusamente, en lo más profundo de mí mismo, que si un día tuviera hijos, sin duda, los amaría demasiado. Y todo cuanto más tarde les podría ocurrir de desagradable, repercutiría en mí, como si yo fuese la causa inicial de sus males.

ELLA.—Entonces, si yo consintiera en casarme contigo, ¿no tendríamos hijos?

EL.—Yo sólo te he dicho que te amaba... No he hablado de casarme contigo.

ELLA (sobresaltada).—¿Qué has dicho?...

EL.—He querido decirte que el hecho de amar no implica el matrimonio. Al menos en mi concepto. El matrimonio es una jaula y representa un lazo. Y yo no quiero ataduras...

ELLA (indignada).—¡Pero eso es algo monstruosol... ¿Te atreves a proponerme el que sea sólo tu amante?

EL.—¡Oh, la fea palabra!... Comprendo tu indignación. Te han educado en la idea de que el casamiento es el solo fin conveniente para la vida afectiva de una joven.

ELLA.—No te comprendo... ¿Qué es lo que te propones aún decirme?

EL.—Quiero decir que cuando dos jóvenes se aman, comienzan primero por casarse, jugando así con su futura existencia como los viciosos del juego juegan con los dados. De diez casamientos, nueve son causa de desilusiones, pues los casados ignoran casi todo en realidad lo que es uno o lo que es el otro. Sólo conocen los aparentes hermosos aspectos y sus probables ventajas. La vida en común se encargará de mostrarles sus defectos recíprocos, haciendo surgir incompatibilidades de caracteres en los que ni siquiera habían pensado. Se darán cuenta de que se han engañado. Pero entonces será ya demasiado tarde, sobre todo si hay un niño de por medio. Y esos dos infelices que no se comprenden, que a veces llegan hasta odiarse, quedan así ligados de por vida... Existe bien lo que los leguleyos llaman el divorcio... Pero muchos retroceden ante esta eventualidad, a menudo por sordidas cuestiones de intereses. La mayoría acaban por acomodarse, más o menos bien, más o menos mal, a la nueva situación. Pero los bellos ensueños huyeron para siempre y la vida, esta única vida que tenemos, la malograron miserablemente... He aquí por qué hay tantos malos matrimonios y tantos maridos engañados, los cuales por su lado, buscan en otra parte las satisfacciones de las que están privados en su hogar... Taine ha definido admirablemente la situación mediante esta frase que pone en boca de su Tomás Graindorge: «Nos estudiamos tres semanas. Nos amamos tres meses. Nos disputamos tres años. Nos toleramos treinta años. Y nuestros hijos vuelven a repetir la comedia».

ELLA.—¡Por favor, detente!... No puedo seguir el hilo de tus palabras... ¡Todo lo que tú me dices es tan diferente de lo que yo de ti esperaba!... Entonces, ¿estás definitivamente en contra del casamiento?

EL.—No estoy, como tú dices, contra el casamiento. He dicho simplemente que era peligroso empezar por él. Para dos seres que en verdad se aman. Me parece adivinar que tú me aceptarías como marido, mientras te sientes indignada a la sola idea de aceptarme como amante.

ELLA (con vivo interés).—Se puede esperar encontrar en un hombre a la vez el marido y el amante.

EL.—En efecto, se puede esperar, pero eso sucede raramente... ¿Qué conoces tú de mí? ¿Qué conozco yo de ti? Casi nada. Nos esforzamos mutuamente en mostrarnos el uno al otro bajo nuestras mejores cualidades. ¿Y qué es lo que de esto queda? Una simple atracción física y espiritual. Nada más. ¿Y tú sigues creyendo que eso es ya bastante para ligar dos existencias?... Pues gran error cometes, amiga mía... ¿Te has preguntado alguna vez si sería para ti conveniente, el tener mi rostro sin cesar delante de ti, durante toda tu vida! sin que la lasitud intervenga razonablemente un día?... Y si me contestas por la afirmativa, ¿en qué basas

esa esperanza?... En una impresión, en un sentimiento vago. Es bien poco, en todo caso es insuficiente... ¿Has pensado alguna vez en lo que la vida en común, establecida bruscamente entre gentes que apenas se conocen, tiene como sorpresas, choques, sinsabores, contrariedades, que destruyen el amor, cuando los primeros impulsos amorosos se han evaporado?... Los más mínimos detalles de la vida cotidiana representan pruebas y más pruebas que reducen a la nada todos los encantadores ensueños. Y sólo queda el reducirse a un conformismo habitual, al cual hay que resignarse, en el que hay que instalarse, y al que se acaba por encontrar natural, y que a veces se barniza con una supuesta felicidad... El casamiento, es el aburguesamiento del amor.

ELLA (con vivacidad e impaciencia).—Pero todo lo que acabas de decirme respecto al matrimonio, debe también ocurrir entre un hombre y una mujer que viven juntos sin estar casados. Los inconvenientes, son los mismos. El perpetuo vivir a dos, las sorpresas, los choques, las contrariedades, y las mil pequeñeces que, según tú, destruyen al amor.

EL.—Es exacto. En el caso que haya que vivir siempre juntos. Ponerse a vivir en común sin estar casados presenta los mismos inconvenientes que el matrimonio, y posiblemente aumentados, sin tener la contrapartida de las ventajas... Pero, no es así, como yo encaro la relación entre los amantes.

ELLA (algo sofocada).—¿Qué enormidad vas aún a decirme?

EL.—Tranquilízate, nada de enorme. Nada que no sea muy razonable y muy natural. Tú y yo tenemos nuestras propias existencias. Nada debemos cambiar en seguida, en ellas. Pero podemos encontrarnos en un pequeño nido, que sólo conoceremos nosotros dos, y que te dejaré el cuidado de arreglarlo y adornarlo como más te guste... Cada uno tendremos nuestra propia llave y tú podrás sentirte enteramente como en tu propia casa. Podremos ir allí cada uno, cuando tengamos ganas de hacerlo, juntos o solos, para soñar en la soledad el cuadro de nuestro amor, que para mí estará lleno de ti, y para ti lleno de mí... Y será encantador para cada uno de nosotros, encontrar en el aposento a cada visita, rastros del ser querido... Por supuesto, procuraremos encontrarnos allí juntos lo más a menudo. ¡Lejos de las miserias del mundo!... En esos momentos, aprenderemos a conocernos íntimamente, y si, como yo creo, el resultado es favorable, tú podrás si lo quieres, y solamente cuando lo quieras (3), dejarte deslizar suavemente hacia el aprendizaje del amor... Y en este punto no temas ningún gesto considerado por mi parte... Piensa en los momentos exquisitos que semejante perspectiva nos reserva... La deliciosa espera de los encuentros. La felicidad desbordante de cada uno en nuestras entrevistas. Los paseos por el campo en el buen tiempo, como dos niños libres de toda traba y convención mundanas. Juntos, nos deleitaremos con la poesía de la naturaleza, con la dulzura del íntimo hogar de amor, ignorados de todos los mediocres que obstaculizan con sus prejuicios atávicos la libre floración del Amor, con un afecto verdadero... En esos momentos, seremos verdaderamente el uno para el otro. Sólo existiremos para nosotros mismos... Y, si más tarde, constatamos que, lejos de debilitarse, nuestro amor se refuerza, se robustece, que nos volvemos de más en más indispensables el uno para el otro, entonces podremos ensayar la vida en común... ¡Cálmate, querida amiga!... No habrá lo que los vulgares llaman «escándalo». Podríamos, por ejemplo, pasar un mes de vacaciones juntos, lejos

PINCELADAS



LOS bustos suben y bajan. Los picos se clavan en la tierra. Los trozos de tierra saltan arrancados. Los movimientos son monótonos y arritmicos. Al clavarse el pico en la tierra la garganta suelta un ¡aj! inconsciente. Al elevarse los picos sobre las cabezas, el sol brilla en sus puntas desgastadas. Todos están despeinados.

Sus caras, sucias, son bastas. Atardece. Uno se acerca a un trozo de hierro colgante y da unos golpes con otro hierro. Es un joven serio, no muy fuerte, de ojos soñadores. Todo en él está tan descuidado como en los demás. Por ello sólo llama la atención su seriedad. Y sus ojos soñadores. —Se ha quedado parado junto al hierro colgante. El otro pende de su mano, que cae muerta a lo largo de su cuerpo. Mira hacia Occidente. Los últimos rayos ponen al rojo las nubes blancas.—El tajo ha quedado desierto. Sobre la tierra ya no caen los picos. También ella parece estar triste.—El muchacho sigue fijo mirando hacia Occidente. Alguien le ha puesto una mano en el hombro. Es una mano basta, callosa. Se vuelve. Unos ojos le preguntan: «¿Qué miras, muchacho?» Y él con la boca contesta: «Son tristes esas nubes, rojas como el hierro de la fundición...»

*

del mundo, en algún pueblecito de la montaña, remoto y poco visitado... Si la experiencia nos sale bien, lo que yo deseo de todo acorazón, la podremos renovar otras veces. Y finalmente, cuando estaremos seguros de la fuerza y honestidad de nuestros mutuos sentimientos, cuando comprenderemos que estamos hechos verdaderamente el uno para el otro, entonces nos será posible unir nuestras existencias por la cohabitación. Esta cohabitación, podrá sin duda acompañarse con el casamiento, como simple formalidad, pero cumplida para evitar las tonterías, las imbecilidades, los vejámenes inútiles, o aun para satisfacer imperativos de orden económico. Pero si hemos de consentir a esta concesión, sabremos verdaderamente lo que hacemos, y no tendremos la sensación de pisar en el vacío. ¿Qué piensas tú, querida amiga, de todo esto?

ELLA (sollozando precipitadamente).—¡Eres un demonio!... No hubiese debido escucharte tanto tiempo... Me encuentro toda convulsionada... ¡Mira! ¡Déjame!... ¡Déjame ahora!... Te lo ruego.

EL (con dulzura).—Está bien... Te dejo... Entonces... ¿Hasta mañana?

ELLA (débilmente y sollozando).—Sí... Hasta mañana (4)...

CRITIAS

(Adaptación castellana de V. Muñoz.)

NOTAS DEL TRADUCTOR.

(1) «... Y abajo, en las cabañas escondidas en el bosque y en el laberinto de los barrios, el rebaño humano se mul-

La frente se levanta hasta ponerse paralela con el techo. La luz de las bombillas ilumina esa frente. Los mechones de pelos que caían sobre ella se han deslizados hacia las sienes.—La rotativa ruge. El está sobre la rotativa. Como un toro salvaje en el que ha montado un jinete por sorpresa y brama y corre pretendiéndosele desmontar, así la rotativa parece que ruge más y más viendo que el obrero permanece sobre ella. Y al rugir vomita papel impreso con violencia. Pero el obrero sigue sobre ella mostrando su sonrisa y su sucio traje azul. La luz de las bombillas ha iluminado tanto su frente, que ésta parece tersa y brillante. Pero... ¡escuchad!... Se están hablando. ¿Qué se dicen? Cantan a dúo, o a dúo blasfeman, pues es igual. Escuchad: «Ya no hay dioses.» «Sólo hay masas.» «Sólo hay hambre.»—Y esto mismo vuelven a repetir otra vez. Y otra. Y otra. Y otras mil, cada vez más de prisa, hasta confundirse el canto con el movimiento de la máquina y no saber uno si es ilusión de los sentidos el canto o el rugido del monstruo de hierro y acero. El obrero sigue con su traje azul iluminado por la luz de las bombillas. Y ríe, ríe, y la máquina ya no protesta, que le acompaña.

R. M.

tipicaba. La industria pedía brazos nuevos; el hambre de los siervos exigía también numerosos brazos: sus hijos pululaban en los mercados de la sociedad, como los necróforos en la podredumbre. Y, feroces y glotones, se les echaba ante los hornos abrasadores, en las minas inagotables y, «al llamado de la Patria», sobre los campos de la masacre. (Eugen Relgis: «El Humanitarismo», pág. 21. Ed. Américalee. Buenos Aires, 1956).

(2) En 1956 la población del Japón alcanzó los 90 millones de «almas». Para 1960 se cree que se llegará al «punto de explosión» (100 millones). Razón tenía Devaldes al aseverar que «Croître et se multiplier c'est la guerre»...

(3) He aquí algo, es sabido, que está en desacuerdo con la superficial mentalidad de *ecce homo*. Afirman los que suponen que la mujer «sólo es buena horizontalmente», que Eva sólo puede ser fiel «corporalmente». Se trata pues, de la precipitada posesión, para la imposición del propietario amoroso... Como el hombre común desea satisfacer esas dos hambres primarias—panza y baja panza—, lo esencial para él, es aplacarlas. Y... lo demás ¡puro cuento!

(4) «... Si Romeo y Julieta, los amantes de Teruel, cualquiera de esos cándidos enamorados que se suicidan porque las contrariedades o las fatalidades no los dejan unir, hubieran podido satisfacer su amor, al cabo de tres años de esa vida común tan ardientemente deseada, se habrían separado o hubieran sufrido el yugo del matrimonio como los millones de seres que en la sucesión de los siglos han visto nacer y morir en ellos el amor». (Federica Monsteny en «La mujer, problema del hombre», La Revista Blanca, Barcelona, 1927.)

propagandistas socialistas compraban en varias partidas todo un mobiliario, a uno y dos céntimos cada mueble; una mesa, dos céntimos; seis sillas, dos céntimos; en suma, para concretar el caso, cincuenta y seis piezas por unos dos francos. En cambio, muy a menudo sucedía que la colecta hecha a favor de la familia pobre cuyos muebles eran vendidos, excedía en un doble de la suma que era necesaria para la compra del mobiliario.

De modo, que los muebles salían por una puerta y entraban por otra; muchísimas veces las gentes perseguidas por la justicia, reportaban aún alguna ventaja directa de la venta, que, además, ofrecía una buena ocasión para la propaganda socialista.

Es evidente, sin duda alguna, que de tales ventas pueden provenir malos resultados para aquellos que deseen prestar auxilio a una familia desgraciada; puede también suceder que estas tentativas fracasen, para la mayoría, en tanto se presenten aisladamente y sean dirigidas por algunos propagandistas osados.

Porque éstos serán perseguidos de todas maneras por las autoridades, que procurarán ponerles en contradicción con la ley. Sin embargo, por otra parte, esta resistencia sistemática de la población obrera, resistencia sostenida por la común solidaridad, ha demostrado un carácter contagioso, de la misma manera que habituaba a la población a reflexionar y a obrar independientemente.

Sucede frecuentemente que una familia pobre, digna de ser asistida e imposibilitada de pagar el alquiler de su habitación, es auxiliada por sus amigos, quienes acuden en número suficiente para trasladar los muebles a otra casa, ejecutando el desocupado en muy pocos minutos.

En la campiña, donde prevalecen los diezmos y otras cargas feudales que oprimen a la población como ocurre aún en diferentes regiones de la Europa occidental, los revolucionarios pueden mantener un movimiento efectivo contra los restos del feudalismo. Que se rehuse ofrecer dinero por los productos agrícolas vendidos en subasta.

Sin duda, las formas de socorros mutuos practicados por toda la población laboriosa de las ciudades y los campos, cambiarán con las condiciones especiales de la región.

Durante el invierno, cuando millares de personas de los barrios populares de la ciudad o del campo están sin trabajo y en plena miseria, ¿no resulta ser una bobería de su parte, el permanecer pacíficos, metido cada uno en su agujero, sin lumbre en el hogar y con la despensa vacía? ¿Acaso no deben y pueden unirse y manifestar su miseria por las calles, llevando las herramientas consigo para demostrar que quieren trabajar y no pueden?

¡Que los Sindicatos obreros, mejor ejercitados en la lucha de clases práctica estén más dispuestos a prestar su apoyo a sus hermanos desgraciados, compañeros de trabajo! Que las organizaciones obreras de los diferentes oficios quieran solamente alquilar las salas de reunión y hacer imprimir los carteles y los prospectos para la convocación de los sin trabajo. Cuando los obreros organizados acudan de este modo a pres-

terma de religiosos y locos violentos que buscan sus delicias en los sufrimientos de los suplicios—, he aquí lo que hizo aparición en aquella época.

*

Era a la Gran Revolución que le estaba reservado empezar la demolición de ese andamiaje de leyes que nos legaron el feudalismo y la realeza. Pero después de haber demolido algunas partes del viejo edificio, la revolución repuso el poder de dictar leyes en manos de la burguesía, la cual empezó a elevar a su alrededor un nuevo andamiaje de leyes destinadas a mantener y a perpetuar su dominación sobre las masas. En sus Parlamentos ha dictado leyes, a ciegas, y las montañas de leyes se han acumulado con una rapidez espantosa.

Mas, ¿qué son en el fondo todas esas leyes?

En su mayor parte sólo tienen un objeto, el de proteger la propiedad individual, es decir, las riquezas adquiridas por medio de la explotación del hombre por el hombre; de abrir de nuevo campos de explotación al capital; de sancionar las nuevas fórmulas que la explotación reviste sin cesar a medida que el capital acapara nuevas ramas de la vida humana: caminos de hierro, telégrafos, luz eléctrica, industria química, expresión del pensamiento humano por la literatura y la ciencia, etc., etc. El resto de las leyes, en el fondo, tienen siempre el mismo objeto, es decir, la conservación de la máquina gubernamental, que tiende a garantizar al capital la explotación y el acaparamiento de las riquezas producidas. Magistratura, policía, ejército, instrucción pública, crédito público; todo sirve al mismo dios: el capital.

Todo esto sólo tiene un objeto: el de facilitar la explotación del trabajador por el capitalista. Analizad todas las leyes hechas desde ochenta años a esta parte, y no encontraréis otra cosa. La protección a las personas, que se ha querido representar como la verdadera misión de la ley, no ocupa sino un lugar casi imperceptible; pues en nuestras sociedades actuales, los ataques contra las personas dictados directamente por el odio y la brutalidad, tienden a desaparecer. Si hoy un hombre mata a otro, es para robarle y raramente por venganza personal. Y si este género de crímenes y delitos va cada día disminuyendo, no es ciertamente a la legislación que lo debemos, sino al desenvolvimiento humanitario de nuestras sociedades, a nuestras costumbres cada vez más sociables, y no a las prescripciones de nuestras leyes. Que se revoquen mañana todas las leyes concernientes a la protección de las personas, que cese mañana la persecución por atentados contra las personas, y el número de atentados dictados por la venganza personal o por la brutalidad, no aumentará ni en un solo.

*

Se nos objetará, seguramente, que se han hecho desde hace cincuenta años un buen número de leyes liberales. Pero analicémoslas estas leyes y se verá que todas ellas sólo son la revocación de leyes que nos fueron legadas por la barbarie

de los siglos precedentes. Todas las leyes liberales, todo el programa radical se resume en estas palabras: abolición de leyes que han llegado a ser embarazosas para la misma burguesía, y retornar a las libertades de las comunas del siglo XII, extendiéndolas a todos los ciudadanos. La abolición de la pena de muerte, el jurado para todos los «crímenes» (el jurado, más liberal que hoy, existía en el siglo XII), la magistratura elegida, el derecho de poder acusar a los funcionarios, la abolición de los ejércitos permanentes, la libertad de enseñanza, etc., etc., todo esto que nos dicen ser una invención del liberalismo moderno, sólo es un retorno a las libertades que existían antes que la Iglesia y el rey hubieran extendido su mano sobre todas las manifestaciones de la vida humana.

La protección de la explotación, directa por las leyes sobre la propiedad e indirectamente por la subsistencia del Estado, he aquí la esencia y la materia de los códigos modernos y la preocupación de nuestras costosas máquinas de legislación.

Es tiempo ya de no pagarnos más de frases y darnos cuenta de lo que en realidad significan. La ley que se presenta al principio como una compilación de costumbres útiles a la preservación de la sociedad, no es más, hoy día, que un instrumento para el mantenimiento de la explotación y dominación de los ricos y ociosos sobre las masas laboriosas.

Su misión civilizadora es nula hoy día; su única misión es mantener la explotación.

He ahí lo que nos dice la historia del desenvolvimiento de la ley. ¿Es a ese título que somos llamados a respetarla? Ciertamente, no. Ciertamente que el capital, producto del banditaje, le debe su respeto; nosotros, no. Y el primer deber de los revolucionarios del siglo XIX será hacer un auto de fe de todas las leyes existentes, como lo harán con los títulos de propiedad.

Si examinamos los millones de leyes que rigen a la humanidad, advertiremos fácilmente que pueden subdividirse en tres grandes categorías: protección a la propiedad, protección a las personas, protección al gobierno. Y, analizando estas tres categorías, llegamos, con respecto a cada una, a esta conclusión lógica y necesaria: **inutilidad y dañabilidad.**

La protección a la propiedad, los socialistas saben lo que es. Las leyes sobre la propiedad no son hechas para garantizar al individuo o a la sociedad la posesión de los productos de su trabajo. Se han hecho, por el contrario, para arrebatar al productor una parte de lo que produce y para asegurar a algunos la parte de los productos que han arrebatado, ya a los productores, ya a la sociedad entera.

Cuando la ley establece los derechos de un fulano sobre una casa, por ejemplo, establece su derecho, no sobre una cabaña que ha edificado él solo o con el concurso de algunos amigos; establece, por el contrario, sus derechos sobre una casa que **no ha** construido con su trabajo, sino que ha hecho edificar por otros, a quienes no ha pagado todo el valor de su trabajo. Luego—porque esta casa representa un valor social que no produjo el propietario—la ley establece los derechos de éste sobre una porción de lo que pertenece a todo el mundo y no a persona en particular. La misma casa, edificada en medio de la Siberia, no tendría el mismo valor que tiene en

comida en el festín de la vida o al tesoro público vaciado con cálculo para la adquisición de nuevos fusiles y cañones más perfeccionados?

«¿Por qué no os respetáis mutuamente? ¿Por qué no encargáis a uno o dos de los vuestros que hagan las compras y concierten los arrendamientos públicos, para enseguida vosotros ponerlos de acuerdo acerca de la distribución de todo lo que pueda adquirirse por medio de esta práctica a precios reducidos?

«No temáis que los ricos sieguen ellos mismos la hierba de las praderas o bien manejen el arado. No temáis que os sustraigan los montones de abonos para llenar con ellos sus ricos salones. No lo harán.

«Sois vosotros, hombres y mujeres entregados al trabajo duro y penoso los que con vuestras manos callosas segaréis, labraréis y cultivaréis la tierra en el porvenir, como lo habéis hecho hasta aquí.

«¡Amaos, pues, y apoyaos unos a otros!»

Seguramente, no podrá decirse que al hablar así a los pobres campesinos, se haga propaganda directamente comunista, pero cuando menos, se les enseñará a comprenderse y apoyarse mutuamente en lugar de combatirse a expensas de todos.

¡He aquí lo que se llama educarse las masas obreras por sí mismas! La necesidad de esta educación práctica les debe ser puesta ante su vida.

De esta propaganda han de resultar otros beneficios, uno de los cuales ya hemos tratado de explicarlo en otro capítulo. Con ella se contribuirá esencialmente a la ruina y a la proletarianización de los pequeños agricultores propietarios y de los grandes arrendadores, quienes, puestos al pie del muro, serán destruidos entre los grandes propietarios y el fisco despiadado, de una parte, y de otra, los trabajadores agrícolas solidariándose y multiplicando continuamente sus reivindicaciones.

¡En verdad, qué largo es el trabajo de educación y de experiencia a realizar!

Abstracción hecha de las condiciones de trabajo tan atrasadas con la vida patriarcal de las regiones rurales, de todos modos, es cierto que, hasta el presente, capitalistas, grandes agricultores y propietarios han sabido unirse mejor y hacer causa común contra las pretensiones de la clase explotada, que los trabajadores en sus luchas para emanciparse.

Fuera de las condiciones inmediatas del trabajo en las fábricas, en los talleres y en los campos, los explotados pueden ejercer todavía una eficaz influencia en muchísimas circunstancias de la vida social con sólo comprenderse y tratarse unos con otros fraternalmente.

Es posible que en ciertos países, cuando el mobiliario de un compañero sin trabajo ha de venderse por motivo de deudas, los obreros del barrio lo repongan en la posesión de sus muebles con muy pocos céntimos. Para esto basta convencer al público que dejen comprar los muebles, pieza por pieza, a una sola persona, suscitando obstáculos a los intrigantes.

En Holanda, durante algunos años, se promovió un movimiento regular contra las ventas judiciales, y entonces los

suplantáis unos a otros, alquilándoos como jornalero o como mozos de labranza; si vosotros os echáis a cada momento en los trabajos como los perros sobre un mismo hueso, entonces más penosa haréis la lucha por la existencia, no solamente para los otros, sino que también para vosotros mismos. Que, para vosotros y para los demás, llegará día en que no poseeréis el pecho de un caballo ni las espaldas de un buey y en que ya no presentarán para vosotros circunstancias más o menos favorables. Otros más jóvenes y más fuertes serán preferidos.

«¿De qué os sirven, pues, vuestras divisiones y vuestras discordias?»

«El que alquila a los trabajadores para emplear en provecho suyo sus energías ¿deberá fijar, él sólo, las condiciones del trabajo y de la dicha humana?»

Es evidente, que una propaganda fructífera para la fraternidad y acción común de los trabajadores del campo, será bastante difícil llevarla a cabo en las comarcas donde la agricultura goza de un carácter más o menos patriarcal, como rige todavía en muchos países de Europa.

Bajo el régimen de la gran cultura patriarcal, los mozos de labranza, carreteros y vaqueros, la mayor parte, son alquilados en las grandes haciendas y no en el pueblo vecino, o como es costumbre en Inglaterra, en pequeñas casas (*cottages*) situadas cerca de la hacienda.

En ciertas regiones, donde la alquería aun nos recuerda de la antigua vida familiar, muy difícilmente nuestras ideas penetran entre los obreros de los campos. A menudo se hace imposible fundar allí Sindicatos de obreros agrícolas, lo mismo que la celebración de reuniones públicas con todo y ser ordinariamente en estas comarcas, las condiciones del trabajo de lo más pésimo. En diversos países las condiciones del trabajo son absolutamente semejantes.

Será menester, pues, que los obreros de los demás oficios contribuyan a ilustrar el espíritu de estos trabajadores aislados de la campaña sobre las causas de su situación miserable. Para ello podrán aprovechar la conversación, distribuir folletos de propaganda, impidiendo de este modo que la reacción logre afirmarse más tarde en estas regiones atrasadas.

Diferentes razones, tales como el aislamiento de los lugares que habitan, y más que todo, el bajo grado de desarrollo intelectual, hace que existan frecuentemente entre los productores del campo, envidias recíprocas, lucha de intereses, en las que las masas de la población agotan sus energías sin murmurar, en provecho de un pequeño número de ricos propietarios.

A los trabajadores del campo, a los pequeños arrendadores que sufren tanto y cuya situación no es mucho más elevada que la del proletario propiamente dicho, hemos de explicar de qué manera podrían apoyarse mutuamente.

«¿Por qué en las ventas públicas subís el precio de los abonos, del monte talar, los alquileres de vuestras casitas de obreros y de vuestros pedazos de tierra? ¿Por qué unos a otros os sustraéis así los mendrugos de pan negro que aún lográis comer? ¿Por qué enriquecéis de tal manera a los notarios y a los grandes propietarios que saben darse muy buena

una gran ciudad; y este valor proviene del trabajo de toda una cincuentena de generaciones que han levantado la ciudad, que la han embellecido, proveyéndola de agua y de gas, dotándola de buenas calles, de universidades, de teatros y de almácenos y de caminos de hierro, de carreteras. Reconociendo, pues, los derechos de un Fulano de Tal sobre una casa en París, en Londres, en Rouen, etc., la ley le atribuye—muy injustamente—una cierta parte de los productos del trabajo de la humanidad entera. Y es precisamente porque esta apropiación es una injusticia manifiesta (todas las otras formas de la propiedad tienen el mismo carácter), que ha sido necesario todo un arsenal de leyes y todo un ejército de soldados, policías y jueces para mantenerla contra el buen sentido, el sentimiento de justicia inherente a la humanidad.

La mitad de las leyes—los códigos civiles de todos los países—no tienen otro objeto que el de mantener esa apropiación, ese monopolio en provecho de algunos, contra la humanidad entera. Las tres cuartas partes de las causas juzgadas por los tribunales son querellas que surgen entre monopolizadores: dos ladrones que se disputan el botín. Una buena parte de las leyes criminales sólo tienen por objeto mantener al obrero subordinado al amo, a fin de asegurar su explotación.

En cuanto a garantizar al trabajador los productos de su trabajo, no hay leyes que de ello se encarguen. Es tan simple y tan natural, está tan dentro de las costumbres de la humanidad, que la ley no ha pensado en ello. El bandidaje descarado, con las armas en la mano, ya no es de nuestro siglo; un trabajador no va jamás a disputar a otro trabajador los productos de su trabajo; una mala inteligencia entre ellos, la ventilan dirigiéndose a un tercero, sin recurrir a la ley. Si alguno va a exigir a otro una cierta parte de lo que éste ha producido, no puede ser sino el propietario que viene a extraer su parte de león. En cuanto a la humanidad, en general, respeta siempre el derecho de cada uno sobre lo que ha producido, sin que haya necesidad para esto de leyes especiales.

Todas las leyes sobre la propiedad, que llenan los grandes volúmenes de los códigos y son la alegría de los abogados, cuyo objeto es tan sólo el de proteger la apropiación injusta de los productos del trabajo de la humanidad por ciertos monopolizadores, no tienen ninguna razón de ser, y los socialistas revolucionarios están decididos a hacerlas desaparecer el día de la revolución.

Y podemos, en efecto, con plena justicia, hacer un auto de fe con **todas** las leyes que se relacionan con los llamados «derechos de propiedad», con todos los títulos de propiedad, con todos los archivos; en pocas palabras, con todo lo que forma esa institución, que será bien pronto considerada como una mancha humillante en la historia de la humanidad, como lo han sido la esclavitud y la servidumbre de los siglos pasados.

Lo que acabamos de decir concerniente a la propiedad, puede aplicarse por entero a esta segunda categoría de leyes: las que sirven para mantener el gobierno, o sean las leyes constitucionales.

Es necesario todo un arsenal de leyes, decretos, ordenanzas, edictos, etc., etc., para proteger las diversas formas de

gobierno representativo (por delegación o por usurpación), bajo los cuales viven aún las sociedades humanas. Nosotros sabemos muy bien—los anarquistas lo han demostrado suficientes veces por la crítica que han hecho sin cesar de las diversas formas de gobierno—que la misión de todos los gobiernos monárquicos, constitucionales y republicanos, es la de proteger y mantener por medio de la fuerza los privilegios de las clases poseedoras: aristocracia, clero y burguesía. Una tercera parte de las leyes—las leyes «fundamentales», leyes sobre los impuestos, sobre las aduanas, sobre la organización de los ministerios y sus cancillerías, sobre el ejército, la policía, la Iglesia, etc., y hay algunos millones en cada país—, no tienen otro objeto que mantener, arreglar y desenvolver la máquina gubernamental, que sirve para proteger los privilegios de las clases poseedoras. Analícense todas esas leyes, obsérveselas en acción un día y otro día, y se advertirá que ni una sola merece conservarse, empezando por las que conceden las comunas al cura párroco, a los principales burgueses del lugar y al subprefecto, y acabando por esa famosa constitución (la XIX o XX después de 1789) (1), que nos da una Cámara de estúpidos, preparando la dictadura de algún aventurero.

En fin, con respecto a esas leyes no cabe duda alguna. No solamente los anarquistas, sino también los burgueses, más o menos revolucionarios, están de acuerdo en que el solo uso que puede hacerse de todas las leyes concernientes a la organización del gobierno, es echarlas al fuego.

*

Queda la tercera categoría, la más importante, pues que en ella se amparan la mayor parte de los prejuicios: las leyes concernientes a la protección de las personas, el castigo y la prevención de los «crímenes». En efecto, esta categoría es la más importante, pues si la ley goza de alguna consideración, es porque se cree absolutamente indispensable ese género de leyes para garantizar la seguridad en las sociedades.

Tales leyes han salido del núcleo de costumbres útiles a las sociedades humanas, que fueron explotadas por los dominadores para santificar su dominación. La autoridad de los jefes de tribus, de las familias ricas de la comuna y del rey, se apoya en las funciones judiciales que ellos ejercen, y hasta en el presente aun cada vez que se habla de la necesidad del gobierno, es considerándolo en su función de juez supremo. «Sin gobierno, los hombres se asesinarían unos a otros», dice el charlatán de aldea. «El objeto final de todo gobierno, es el dar doce honrados jurados a cada acusado», ha dicho Burke.

Y bien, a pesar de los prejuicios existentes, es ya tiempo que los anarquistas digamos muy alto que esta categoría de leyes es tan inútil y tan dañosa como las precedentes.

En cuanto a los llamados «crímenes», a los atentados contra las personas, es sabido que las dos terceras partes son inspirados en el deseo de apoderarse de las riquezas pertenecientes a alguno. Esta categoría inmensa de los llamados «crímenes y delitos», desaparecerá el día que la propiedad privada haya dejado de existir. «Pero—se nos dirá—siempre habrá

(1) Se refiere, naturalmente, a la de Francia.

Este sistema es, para así decirlo, la aplicación de la «resistencia pasiva» en las fábricas y talleres, táctica de lucha adoptada por los obreros organizados que podemos parafrasear de este modo: «Trabajemos lentamente esperando que se nos oiga».

Allí donde, en una fábrica o taller, los obreros se consideran muy débiles para poder resistir directamente el aumento de horas de trabajo o la rebaja de los salarios impuesta por los patronos, lo mismo que allí donde la resistencia por el abandono del trabajo ha resultado para los obreros una derrota decisiva, estos últimos han decidido poner, muy a menudo, su trabajo en concordancia con el salario y demás condiciones especiales del trabajo según la regla de «mala paga, mal trabajo».

Cuando entre los obreros de una casa se ha convenido obrar de esta manera, se trabaja más lentamente a medida que el patrono aumenta sus exigencias, a fin de que éste, por su propio interés, se convenza de que le sería más beneficioso renunciar a sus propósitos.

En las casas donde el trabajo a horas o a jornal ha sido sustituido por el trabajo a destajo, el sabotaje consiste en ejecutar la labor según la calidad de los materiales y según el precio que se cobre por pieza. La calidad del trabajo desmerece a medida que se rebaja el salario.

En realidad, los obreros asalariados, en todo tiempo, han proporcionado su trabajo a su remuneración. Puede decirse que lo ha hecho instintivamente. En las ciudades importantes, donde, en general, los salarios están más elevados que en los pueblos pequeños, los obreros, por regla común, producen más intensamente.

Sin embargo, como sistema de resistencia sistemática, sistema aplicado por los obreros después de haberlo deliberado en sus Sociedades respectivas, es nuevo de todo. Ha nacido por el encarnizamiento con que se combaten las partes, cuerpo a cuerpo, en la lucha de clases.

Hasta hoy las masas obreras han combatido mucho en el terreno teórico y muy poco en el de la práctica en todas sus formas.

Estorban aún entre los asalariados las envidias de oficio y la rivalidad recíproca. Mucho más pronto predomina en ellos la competencia que el acuerdo común. En los sitios obreros se suscitaba antes y se suscita hoy todavía por muchos conceptos una lucha de todos contra todos. Poner fin a esta lucha de entre ellos he aquí lo que primeramente exige la educación de la clase obrera por sí misma.

Los principios del concurso fraternal y del acuerdo común, deben por lo tanto ser propagados en todas las fábricas y talleres y llevados hasta los más sencillos pueblos. Deben ser propagados tanto a los trabajadores agrícolas como a los obreros de la industria y del comercio. En muchísimos ramos del trabajo rural y en las condiciones de vida tan diferentes, como nos ha demostrado la experiencia personal, los obreros agrícolas quieren oírlos.

Es menester, pues, recordarles:

Si vosotros, trabajadores, permanecéis divididos, si os

a esos empleados, ya que en sus ramos de oficio respectivos, todos a su tiempo tendrán necesidad del concurso de la opinión pública. En la gran familia de los oprimidos deben todos prestarse mutuo apoyo para mejorar sus condiciones de vida.

Cuando en las imprentas de libros y periódicos, lo mismo que en las principales cervecerías y panaderías, etc., el personal asalariado es impotente para introducir con sus solas fuerzas una reivindicación cualquiera, esa reivindicación debe ser apoyada por la fuerza de todas las asociaciones obreras que pueden retirar su clientela a los patronos recalcitrantes.

Yo he podido convencerme en un caso semejante del excelente efecto producido por la exhibición, frente a los establecimientos boicoteados, de una placa negra con estas frases: «El patrón X paga un salario de francos por semana, con una jornada de horas.»

La «placa negra» intranquilizaba a los patronos intratables e igualmente a los propietarios de grandes empresas mercantiles e industriales al aparecer por las calles habitadas por su clientela.

Todo eso hace que la lucha sea más aguda y más violenta. ¡Es cierto! Tampoco los obreros pueden esperar consideración ninguna por parte de los capitalistas, que saben perfectamente el boicoteaje contra sus operarios organizados.

La introducción de los «certificados de trabajo» y de las «libréas» ha ofrecido a los patronos el medio de investigar la conducta de sus asalariados en muchos oficios e igualmente de regiones y países enteros. De este modo les es posible conocer a las personas más nérgicas del movimiento obrero y privarles de su trabajo. Las protestas que en los lugares obreros levantas esas maquinaciones de los capitalistas son muy numerosas, como lo sabe cualquiera que tenga experiencia del movimiento obrero.

Una sola señal secreta, una carta o un solo punto negro con el cual hayan acotado los patronos los certificados de trabajo podrá denunciar que el obrero que ofrece sus servicios provisto de tal certificado es conocido como «enemigo del buen orden en los talleres» o a lo menos como «sospechoso».

Sabemos que muchos obreros que merecen toda nuestra confianza y muy conocidos en el mundo sindical, que en ninguna parte pueden encontrar trabajo, por muy hábiles que sean en su oficio y provistos aparentemente de los mejores informes.

En vano llaman a todas las puertas, errantes de fábrica a fábrica, de taller en taller. No logran encontrar un empleo si su nombre ha sido colocado, como dicen en Alemania, «en la lista negra». Están boicoteados por los patronos y a muchos no les queda más recurso que abandonar su país.

Esto puede motivar la resistencia obstinada de los obreros organizados contra la introducción de los certificados de trabajo.

Al lado del boicoteaje los obreros han practicado durante los últimos años el «sabotaje», que es la aplicación del sistema dicho, «el trabajo según el salario», que, como arma de combate en la lucha de clases, es muy conocido en Inglaterra con la palabra irlandesa **Go Canny** (andar lentamente).

brutos que atentarán contra la vida de los ciudadanos, que no vacilarán en dar una cuchillada a cada querella, que vengarán la menor ofensa con el asesinato, si no hay leyes para restringirlos y penas para detenerlos.» He aquí lo que nos repiten desde el momento que ponemos en duda el derecho de la sociedad.

Con respecto a esto, hay en la actualidad un hecho bien comprobado: La severidad de las penas no disminuye el número de los «crímenes». En efecto, colgad, descuartizad, si queréis, a los asesinos, y el número de asesinatos no disminuirá en uno solo. En cambio, abolid la pena de muerte y no habrá siquiera un asesinato de más; por el contrario, habrá uno menos. Está probado por la estadística.

Por otra parte, que la recolección sea buena, que el pan esté barato, que el tiempo se mantenga bueno, y el número de asesinatos disminuirá al punto, pues está también probado por la estadística que el número de crímenes aumenta o disminuye todos los días en proporción al precio de los artículos y al buen tiempo. No pretendemos que todos los asesinatos sean inspirados por el hambre; pero cuando la recolección es buena y los artículos están a precios accesibles, cuando el sol brilla, los hombres, más alegres, menos miserables que de cosfúmbre, no se dejan dominar por las pasiones sombrías y no van a hundir un cuchillo en el pecho de uno de sus semejantes por fútiles motivos.

Además, es sabido también que el miedo al castigo no ha detenido jamás a un solo asesino. El que va a matar a su vecino por venganza o por miseria, no razona mucho sobre las consecuencias; y no hay un asesino que no tenga la firme convicción de escapar a las persecuciones. Hay aún otras mil razones que podríamos exponer aquí—el espacio de que disponemos es limitado—, pero que cada cual razone acerca de lo que dejamos dicho, que analice los crímenes y las penas, sus motivos y sus consecuencias, y si sabe razonar sin dejarse influir por ideas preconcebidas, llegará necesariamente a esta conclusión.

Sin hablar de una sociedad donde el hombre recibirá una mejor educación, donde el desenvolvimiento de todas sus facultades y la posibilidad de divertirse le procurarán multitud de goces, sin que los turbe el remordimiento; sin hablar de la sociedad futura, concretándonos a nuestra misma sociedad, aun con los tristes productos de la miseria que vemos hoy día en las tabernas de las grandes ciudades, el día en que **ninguna pena** fuese infligida a los asesinos, el número de asesinatos no aumentaría en un solo caso; y es muy probable que disminuirían, por el contrario, esos casos que son debidos hoy día a los que reinciden, por el embrutecimiento adquirido en las prisiones.

*

Nos hablan todos los días de los beneficios de la ley y de los efectos excelentes de las penas; mas, ¿se ha ensayado jamás hacer el balance entre esos beneficios que se atribuyen a la ley y a las penas, y el efecto degradante de esas mismas penas sobre la humanidad? ¿Que se haga solamente la edición de las malas pasiones despertadas en la humanidad por las

penas atroces infligidas antiguamente! ¿Quién, pues, ha conservado y desenvuelto los instintos de crueldad en el hombre (instintos desconocidos aun entre los monos; el hombre llegó a ser el animal más cruel de la tierra), si no el rey, el juez y el cura, que, armados con la ley, han hecho arrancar la carne en jirones, verter pez hirviendo en las llagas, dislocar los miembros, moler los huesos y dividir los hombres en pedazos, todo para mantener su autoridad?

Calcúlese solamente todo el torrente de depravación vertido en las sociedades humanas por la delación, favorecida por los jueces y pagada con los escudos sonantes del gobierno, bajo pretexto de ayudar al descubrimiento de los criminales. Visítense las prisiones y estudiéase a lo que llega el hombre, privado de libertad, encerrado con otros seres, ya depravados y penetrados de toda la corrupción y de todos los vicios que se generan en nuestras prisiones; y téngase en cuenta que cuanto más se las reforma más detestables son, como lo vemos en nuestras penitenciarias modernas y modelos, que son cien veces más abominables que las fortalezas de la Edad Media. Considérese, en fin, la corrupción, la depravación del espíritu (que se mantiene en la humanidad por esta idea de **obediencia** (esencia de la ley), de castigo, de autoridad que tiene el derecho de castigar, de juzgar, fuera de nuestra conciencia y sin tener en cuenta la opinión favorable de nuestros amigos; por la idea del verdugo, del carcelero, del denunciador, en fin, de todos esos atributos de la ley y de la autoridad. Considérese cuanto dejamos dicho, y se estará ciertamente de acuerdo con nosotros, y con nosotros se dirá que la ley infligidora de penas es una abominación que debe cesar de existir.

Además de esto, los pueblos incultos, y, por tanto, menos depravados, han comprendido perfectamente que el llamado «criminal» es solamente un desgraciado, que no hay necesidad de azotarlo, de encadenarlo o de hacerle morir en el cadalso o en la prisión, sino que se debe aliviarlo, prodigándole cuidados fraternales, por un tratamiento igualitario, por la práctica de la vida entre gentes honradas.

Nosotros esperamos que en la próxima revolución estallará ese grito:

«Quememos las guillotinas, demolamos las prisiones, echemos de entre nosotros al juez, al policía, al delator—raza inmunda que no ha de volver jamás sobre la tierra—; tratemos como hermanos a los que, llevados de sus pasiones, han hecho daño a sus semejantes; sobre todo evitemos, por medios persuasivos, a los grandes criminales, a esos productos innobles de la ociosidad burguesa, la posibilidad de desarrollar sus vicios, y estemos seguros que habrá muy pocos criminales a señalar en la sociedad. Lo que mantiene el crimen (además de la ociosidad), es la ley y la autoridad: la ley sobre el gobierno, la ley sobre las penas y delitos, y la autoridad que se encarga de hacer esas leyes y de aplicarlas.

¡No más leyes! ¡No más jueces! La Libertad, la Igualdad y la práctica de la Solidaridad, son la sola y segura eficacia que podemos oponer a los instintos antisociales de algunos hombres.

Pedro KROPOTKIN

pues, ejercer un derecho al boicotear a cuantos perjudiquen la causa común de sus compañeros de trabajo, y están obligados por la naturaleza de la cosa misma, a no trabajar con las personas que verifican un contrato individual y a despecho de sus camaradas.

A medida que, en la lucha de clases, los obreros asalariados se encuentran más educados para el combate práctico, cuidan más rigurosamente de ejercer esta táctica general, ya que de otro modo se les haría más y más imposible el obtener un contrato de trabajo favorable.

Además, la apelación a la «libertad del trabajo» por parte del capitalista patrono y del economista de la escuela burguesa, en verdad, sólo es un acto de hipocresía, propio para cubrir los particulares intereses de clase por medio de un nombre especioso.

Con ello no se trata de respetar la libertad del trabajo de todos los obreros sin distinción. De lo que se trata es de recoger entre la libertad de uno y la libertad del otro.

Si la libertad personal del obrero en verificar un contrato de trabajo con su patrono debe ser respetada, aun en el caso de que ese contrato sea perjudicial a sus compañeros de trabajo, es preciso, igualmente, pues, respetar la libertad de los obreros organizados que no quieren trabajar al lado del individuo que perjudica a sus intereses, lo mismo que su libertad de perjudicar a este individuo recíprocamente en todo cuanto sea posible.

Colocados en el punto de vista del respeto a la libertad del trabajo, es menester confesar que en la lucha de clases la libertad de uno vale tanto como la de otro.

La legislación de ninguno de los países modernos ha comprendido esto, ni tampoco la economía burguesa. Y no podía suceder de otra manera, no pueden ser sino el reflejo de los intereses particulares de las clases dirigentes.

Los obreros asalariados, por su parte, tienen el deber de demostrar que lo comprenden perfectamente, en todas partes donde trabajen juntos, en las fábricas, en los talleres y en los campos.

El respeto al contrato colectivo del trabajo y de las obligaciones consiguientes, es un ejercicio que perfecciona la educación revolucionaria, proporcionando la ocasión de ejercerlo, la lucha de clases.

No solamente por medio de esta lucha se ejercitarán los obreros organizados a aplicar el boicoteo a los renegados, a los falsos camaradas, sino que igualmente a los patronos intratables.

Es un arma que puede ser un precioso auxiliar de las huelgas por la razón de que los obreros pueden servirse de ella lo mismo como trabajadores que como consumidores.

Cuando los grandes almacenistas se nieguen a conceder a sus empleados una reducción de horas de trabajo o una mejora en los salarios, modestos, demasiados modestos, corresponde a toda la clientela de esos almacenes, es, decir, a las masas de las familias obreras, poner en el índice a esos establecimientos refractarios.

Los obreros, en algunos casos, estarán obligados a apoyar

Sabiendo que hay compañeros de trabajo obligados a ofrecerse a más bajo precio a causa de la carencia de trabajo y de la miseria, no podrían preferir los intereses personales de estos individuos a los del conjunto de los demás obreros.

Porque, si a los patronos no se les puede obligar a entrar en negociaciones con las Sociedades de sus operarios, si, en los lugares mismos de los obreros a hacer causa común en la lucha de clases con sus compañeros de trabajo más inteligentes y más convencidos de sus intereses de clase, entonces estos últimos se ven obligados a aceptar las condiciones de trabajo dictadas por sus amos.

¿Qué significa la libertad para la clase obrera? De hecho el salario no es más que una total infracción a la libertad del trabajo y asimismo una violación al bienestar físico e intelectual de la inmensa mayoría de los hombres.

Así es que, tanto cuanto tiempo los medios de producción y consumo pertenecan privadamente a una minoría, la mayoría de los hombres estará obligada a producir en provecho ajeno. Las masas tampoco llegarán a verse libres si no combaten la libertad del yugo capitalista.

Porque la libertad es como el reino de los cielos, según San Mateo; se logra por la violencia y son los violentos quienes lo logran. Así que, ningún pueblo y ningún individuo gozará de libertad, sino el que por sí mismo la logre.

La lucha de clases, que los obreros asalariados tienen que sostener contra sus explotadores, es la consecuencia necesaria, precisamente, de la falta de libertad del productor de dirigir sus propios medios de producción y de regular las condiciones de su propio trabajo.

Aquí se levanta inmediatamente el interés del capitalista patrono contra el del obrero asalariado. El concepto de la libertad de uno es opuesto al del otro.

El patrono, apoyado en su libertad y aun en la de los obreros que trata de defender, pretende hacer el contrato de trabajo con sus operarios solamente. Quiere para sí la facultad de admitir o despedir a sus asalariados según le vaya pareciendo conveniente, y concede a cada uno de éstos personalmente que se marchen del taller cuando les plazca.

He ahí «la libertad del trabajo» tal cual la comprende el capitalista patrono y como la defiende la economía burguesa y la convierte en ley la clase dominante.

Pero el obrero asalariado tiene adquirido otro concepto de la libertad. A la libertad del trabajo, según la comprenden los capitalistas y que no es más que la libertad de que el fuerte explote al débil (tómese esta palabra en sentido económico), él, el obrero asalariado, opone su propio concepto, que es el de la libertad de organizarse contra la explotación capitalista.

En oposición al «contrato personal, exigido por el capitalista patrono y defendido calurosamente por los economistas burgueses, los obreros organizados defienden el «mercado colectivo del trabajo» y el «contrato común», basado sobre la comunidad de intereses de los explotados.

El que perjudique a estos intereses por trabajar a menos precio o por renegado debe ser considerado como un traidor por los obreros organizados. Los obreros organizados juzgan,

EDUCACION REVOLUCIONARIA

EL hombre, por su naturaleza misma, cuida de adaptarse al medio social en el cual vive. Procura desenvolver con entera libertad sus libertades físicas e intelectuales según las condiciones de existencia que le rodean, y en primer término, según sus relaciones con sus semejantes.

De ahí su inclinación natural en procurarse el mayor bienestar personal, su inclinación a obtener el más superior desarrollo de su propia individualidad, inclinación común en todos los demás seres orgánicos, vegetales y animales.

En ello está la base de la moral humana así como la condición necesaria al desenvolvimiento del individuo y de la colectividad, y solamente de esta manera es como uno y otra pueden alcanzar el más pleno desarrollo.

Ya que buscamos el mayor bienestar personal posible dentro de las condiciones sociales presentes, estas mismas condiciones son del mayor interés para cada uno de nosotros, desde el momento que reaccionan siempre sobre el bienestar o malestar material, intelectual y moral de la comunidad. Allí donde aparece quebrantada la dicha del cuerpo social, el individuo tiene que experimentar el daño que el desequilibrio causa a todos sus miembros.

Durante el curso de la lucha de clases emprendida, el propietario en general tiene que adaptarse a las condiciones económicas que cambian continuamente y a vivir tan intensivamente como le sea posible según la evolución de la sociedad. Tiene que desenvolverse dentro de los límites de la civilización humana y cumplir con la obligación de educarse por sí mismo, obligación que al cumplirla le dotará de las cualidades requeridas para que pueda realizar su misión ante la Historia.

Esta misión histórica comprende su propia emancipación como última capa de la moderna sociedad humana, y al mismo tiempo, la completa liberación de la sociedad de la opresión económica y política del capitalismo.

Después, por su propia educación, las masas obreras, por su parte, pueden reaccionar sobre las condiciones vitales materiales y modificar así la estructura económica de la sociedad.

Es lo que se llama reacción del efecto sobre la causa; el mejoramiento de las condiciones económicas obra sobre el desarrollo material, intelectual y moral de un pueblo, lo mismo que este desarrollo ejerce influencia recíproca sobre las condiciones económicas generales.

Sin embargo, para que en la lucha de clases el proletario

riado llegue verdaderamente a cumplir su misión histórica, el camino que debe recorrer es largo y penoso.

En el período histórico, que empieza luego de abolida esa última forma de esclavitud humana, el salariado debe abrir al mismo tiempo una era de civilización general nueva.

Es evidente, no obstante, que las masas obreras todavía se hallan atrasadas física, intelectual y moralmente, lo mismo en la lucha efectiva contra los patronos que en todas las grandes cuestiones de la civilización humana.

Lo que más aniquila en la lucha de clases las fuerzas de los proletariados es la falta de solidaridad que se observa en todo.

Observamos a nuestro alrededor lo que ocurre en los barrios pobres.

Vemos a los pobres vivir en discordia perpetua unos contra otros: hombres, mujeres y niños; les vemos disputarse por cosas nimias. Las querellas están a la orden de todos los días; ora disputan por el agua que cae del cielo, ora por el agua que sale de la tierra; ora porque la escalera, el pasillo, están mal barridos, por la basura, por el sumidero, lo mismo que por las travesuras de sus hijos. En los lugares montañoses, en las aldeas, esta desunión se manifiesta bajo otras formas aun en las numerosas discordias de familia, favorecidas por la vida labriega y alizadas por los notarios y abogados, según el beneficio que de ellas pueden esperar.

Mas cuando, después de estas disputas entre ellos, el propietario, el cura, el notario pasan por los barrios obreros, entonces vemos a los pobres encorvar sus espaldas como sus antepasados lo hacían. Los esclavos del trabajo, incapaces de obrar de acuerdo entre sí, se humillan delante de sus amos modernos.

¡Ah, que no son los pueblos de esclavos quienes han de imponer un movimiento histórico!

La división entre los pobres del mundo entero parece ser tan hereditaria como las huellas de su trabajo tan grosero y penoso. Por eso la han fomentado constantemente todos los potentados eclesiásticos y seculares.

Por la religión, por la cultura de prejuicios locales y provinciales, por su política llena de zozobras, han logrado estos últimos mantener dividida la clase obrera en toda clase de capillas e iglesias, de clubs, y asociaciones locales; han excitado a los habitantes de un país contra los otros.

Las masas obreras viven, pues, divididas entre sí en las ciudades y en los campos, considerándose enemigos unos de otros en lugar de vivir todos juntos y obrar de acuerdo contra los que les oprimen.

¡Obremos todos cuantos queremos contribuir al progreso de la civilización humana y combatamos con energía todos los prejuicios locales y nacionales! ¡Habrá que destruir mucho más de lo que creemos!

Tan largo tiempo como las masas oprimidas y explotadas de nuestra sociedad capitalista dejen de hacer causa común contra sus explotadores en todas las circunstancias de la vida, interviniendo los unos en provecho de los otros en todo cuanto puedan apoyarse mutuamente, jamás conseguirán, siendo los

productores de todas las riquezas, ejercer la dirección del trabajo, ni podrá tampoco ninguno de ellos, como hasta el presente, desenvolverse según sus facultades personales.

En este caso, como en tantos otros, no hay necesidad de teorías, sino de actos, de ejemplos buenos. Práctica, más que todo, hace falta.

La Biblia cristiana lo ha comprendido muy bien al predicar a los creyentes: «Aquellos que me dicen: Señor, Señor, no entrarán todos en el reino de los cielos; sino que entrará solamente aquel que cumpla la voluntad de mi Padre que está en los cielos.»

Para los proletarios revolucionarios de nuestros tiempos modernos, como para los cristianos de los tiempos pasados, condición semejante deben reconocerla en sus actos.

Para su emancipación económica y política tienen necesidad las masas proletarias de solidarizarse apoyándose mutuamente, tanto en su trabajo como en la vida social fuera de las fábricas y talleres.

Por lo mismo, aquel que quiera ser útil a la liberación de las masas y a la civilización humana de nuestra época, debe procurar que sus actos estén en armonía con sus teorías y favorecer, en todo lo que pueda, el movimiento revolucionario de los oprimidos contra los opresores.

Allí, en las fábricas y en los talleres, donde el individuo sea víctima de su resistencia contra la explotación, los camaradas deben acudir en su apoyo y auxiliarse, no solamente procurando encontrarle trabajo, si que también con sus personas y en socorros materiales.

El soltero querrá sacrificarse para el bienestar del hombre casado y, el casado sin hijos para el del padre de familia.

Rehusando al contrario trabajar con el renegado, que, en las huelgas, ha traicionado a sus camaradas, los obreros obran conforme a los preceptos fundamentales de la lucha de clases.

Todos los legisladores y economistas burgueses dicen, que al rehusar el trabajo por no querer vernos en contacto con el *gâte-métier* (1) y el traidor, violamos «la libertad personal» de aquel que desmerece el oficio y traiciona. Pretenden hacernos creer que no tenemos derecho de usurpar «la libertad del trabajo» de todos aquellos que desean trabajar bajo condiciones distintas a las que trabajan sus compañeros organizados.

Los legisladores y economistas burgueses se refieren, pues, al alcance dado a la libertad personal de los trabajadores por las organizaciones obreras.

Claro que, si los obreros organizados rehusan trabajar en las fábricas y talleres al lado de aquellos que no aceptan las condiciones convenidas y el contrato común cerrado con los patronos, usurpan la libertad personal del *gâte-métier*, así como usurpan igualmente la libertad del patrono y de sus perros de guardia, quienes, bajo condiciones tales, no serían libres de escoger entre los obreros los que les parecen más fáciles a ser explotados.

Confesemos, desde luego, que todo eso es verdad.

Únicamente que, los obreros organizados, se encuentran cada vez más en la alternativa de «ser el martillo a el yunque».

RINCON DEL SABER



A terminación de la última era glacial fué la señal de que debía empezar a crearse uno de los más impresionantes caprichos de la Naturaleza. Tierras sobre las que fantásticas cantidades de hielo se derritieron, aliviadas de este peso, comenzaron a subir, y en lo que es hoy Estados Unidos, el agua que desde las Montañas Rocallosas fluía hacia el Océano Pacífico, se encontró con nuevas y más pronunciadas pendientes. Corrió entonces con violencia desgastando profundamente el suelo, hundiéndose en un cauce cada vez más profundo, de barrancas más altas, y el río Colorado se fué enterrando en el suelo hasta parecer nada más que un delgado hilo de agua comparado con el Gran Cañón cavado por él y en cuyo fondo corre.

Todos los terrenos fueron erosionados desde los más modernos hacia las capas inferiores más antiguas, y hoy sus aguas siguen desgastando rocas viejísimas formadas en tiempos anteriores a la aparición de la vida sobre el planeta.

Desde la superficie del suelo hasta el río mismo, que se arremolina 1.500 y 2.000 metros más abajo, el tajo abierto en la corteza terrestre muestra toda la sucesión de capas donde se lee la historia geológica de la región, y ese tajo, la mayor hendidura que se haya formado en el mundo, tiene en algunos lados hasta 20 kilómetros de ancho, con un largo de más de 300 en total.

López de Cárdenas, un expedicionario español, fué el primer hombre blanco que contempló el fantástico espectáculo escondido en una región tan remota que sólo tres siglos después las patrullas destacadas por el gobierno estadounidense comenzaron a explorar normalmente; pero nadie se atrevía a lanzarse por la corriente de este río que, según las creencias llegaba a un punto en que se hundía en regiones subterráneas.

Fué en mayo de 1869 que el mayor J. W. Powell, veterano que había perdido un brazo en la guerra de secesión, encabezó un grupo de nueve hombres decididos a explorarlo: era maestro de escuela, botánico, geólogo y agrimensor y obtuvo subvenciones para costear los gastos. En cuatro botes insumergibles, provistos de cámaras de aire, se lanzaron río abajo, desde Green River City, con un equipo completo y provisiones para diez meses... y rápidos, cataratas, escollos y remolinos los esperaban.

Los nombres dados a los lugares son elocuentes. Un bote se redujo a astillas en la Catarata de los Desastres. Los otros girando como trompos, atravesaron el Cañón de los Torbellinos, y los esperaban el Cañón de la Desolación, el de las Cataratas... la caleta del Diablo Maldito.

«Nos hallamos a un kilómetro y medio en las profundidades de la tierra y al arrojar sus olas enfurecidas contra

las murallas y los acantilados que se elevan hacia arriba, hacia el mundo, el río queda reducido a una insignificancia». Esto escribió Powell en su diario, agregando: «Aún nos queda una distancia desconocida por recorrer; un río ignorado por explorar. Qué cascadas encontraremos, lo ignoramos; qué rocas interrumpen el camino, lo ignoramos; qué murallas se yerguen encima del río, lo ignoramos».

Con las provisiones casi agotadas (sufriendo calores y lluvias heladas sin reparo ni abrigos, tres expedicionarios prefirieron intentar la subida por la pendiente del cañón, y no volvieron a ser vistos. Powell, en cambio, llegó pocos días después con los restantes a la salida del cañón, el 29 de agosto y fueron socorridos por enviados del Gobierno que, creyéndolos perdidos, estaban buscando sus restos.

✱

El rayo de sol que entrando en una habitación oscura dibuja en el espacio su trayectoria, nos dice que el aire está sucio, cargado de partículas que normalmente no vemos por su pequeñez; pero matamos su presencia cuando, intensamente iluminadas, se convierte cada una en un foco luminoso que se destaca sobre la oscuridad del fondo. Es éste el llamado «fenómeno de Tyndall» en honor del sabio inglés Juan Tundall (1820-1892) que lo estudió en forma notablemente completa.

Nuestro organismo está bastante bien adaptado a estas impurezas y hasta tiene cierta resistencia frente a los gérmenes infecciosos que a menudo hay entre ellas; pero toda defensa cede al fin ante un ataque demasiado violento—y sin hablar de contagios—digamos hasta sólidos inertes como el fino polvillo de algunas rocas, imponen usar máscaras a los trabajadores por el grave daño que causan localizándose en los pulmones.

Y la atmósfera de las grandes ciudades es hoy el vaciadero común de distintos desperdicios gaseosos, entre los que perdonamos al anhídrido carbónico, producto de la respiración y las combustiones, pues entra en un ciclo esencial a la vida y las plantas nos lo devuelven en forma de madera, hojas de verduras, granos de cereal... pero, si la combustión es incompleta, cuando se agranda la zona azul de la llama, se produce óxido de carbono, un tóxico peligrósísimo.

Este gas peligroso está también en los gases de escape de los motores a explosión junto con otros productos de combustión incompleta en los cuales se hallaron cuerpos que provocan el cáncer; pero hay más, como el anhídrido sulfuroso, que, con humedad y oxígeno se transforma en ácidos sulfúricos; óxidos de nitrógeno que forman ácidos nítrico y nítrico. Los aldehídos resultan más bien beneficiosos porque, debiéndose a ellos en gran parte el olor característico de estos gases, nos ponen en guardia; pero hay que

contar también con los compuestos de plomo que se agregan a la nafta y que quedan en suspensión en la atmósfera... y hay chimeneas que lanzan al aire impurezas cargadas de hollín.

El hecho se agrava cuando sobre una gran ciudad se establece una zona de aire más caliente que el agua de abajo, aire menos denso, por donde no pueden subir las columnas de humo. Autores muy antiguos hablan de las brumas de Inglaterra, que eran simple neblina, a la que hoy se agrega el hollín y demás impurezas que las ciudades sueltan en el aire, y aparece el «smog», palabra que inventaron juntando «smoke» (humo) y «fog» (neblina). Allí interviene el carbón, pero en otras ciudades, cada vez más populosas e industrialmente más activas, el fenómeno aparece en otra forma. Particularmente en Los Angeles se tiene un «smog» sin hollín, porque el carbón no se usa; pero con restos de petróleo no quemado y no en pequeña cantidad: 850 toneladas por día se acumulan sobre la ciudad mientras la atmósfera no se renueva, como sucede al producirse el «smog».

Y el hombre está dando batalla a este mal que causó con su civilización. Crea «zonas limpias» donde toda combustión está severamente controlada; ondas ultrasonoras precipitan las partículas no gaseosas que estén en suspensión en el aire, se instala en los motores a explosión, aun en los de auto, dispositivos que aseguran la combustión completa; aparatos de televisión muestran a los foguistas la salida del humo por la chimenea, etc., etc., y un nuevo capítulo de la higiene es el de no ensuciar el aire... con esto... y con sustancias radioactivas.

La que quizá sea la más famosa publicación médica del mundo, la revista inglesa «Lancet», conserva el nombre—lanceta—de ese olvidado instrumento con que los barberos primero y los médicos después, abrían venas para hacer sangrías. Las repetidas sangrías, entonces más populares que hoy la penicilina, aliviaban a algunos pletóricos glotones, debilitaban a todo el mundo y mataban a no pocos. Hoy en cambio la sangría se practica en casos excepcionales a los enfermos, aunque muy a menudo se extraiga sangre a las personas sanas para inyectarla a los dolientes que la necesitan: inyectamos sangre a quienes hace un siglo se habría sangrado.

El año 1900 hizo Landsteiner el descubrimiento que iba a permitir las transfusiones de sangre al clasificarla en cuatro grupos sanguíneos y explicar así cómo algunos anteriores intentos habían dado buenos resultados mientras otros habían sido mortales. De acuerdo con eso sabemos que la sangre humana puede ser de cuatro tipos: (A, B, AB y O). Los glóbulos rojos del primero tienen lo que se llama un «aglutinógeno» A; los del segundo, un aglutinógeno B; los del tercero (AB) tienen ambos, y los del cuarto (O), ninguno.

«Aglutinógeno» suena terriblemente a palabra difícil; pero viene de «gluten», que significa «cola», sustancia pegajosa, como lo es el gluten de la harina, que pega en el engrudo crudo... y perdido ya un poco el miedo a estas palabras, digamos que el suero tiene «aglutininas» y las combinaciones de éstas con los aglutinógenos hace que los glóbulos rojos se peguen unos con otros produciendo accidentes peligrosísimos. Las personas con glóbulos A, carecen de aglutinina «anti A» en su suero sanguíneo; pero tienen la «anti B», la que aglutina los glóbulos B. Idénticamente quien tenga glóbulos de aglutinógeno B, tendrá aglutinina

anti A; consecuencia: la sangre de un dador de cualquiera de estos dos grupos, inyectada al otro, se alterará; sus glóbulos rojos serán lesionados al encontrarse con la aglutinina contraria en la sangre del paciente, y la transfusión será imposible.

Los glóbulos tipo AB tienen ambos aglutinógenos, de modo que no pueden transferirse a ninguno de los dos grupos anteriores; pero el suero sanguíneo AB de estas mismas personas no tiene ninguna aglutinina y los de este grupo pueden recibir sangre de cualquier donante; son lo que se llama «receptores universales». Al contrario de este grupo, la sangre del grupo O no tiene ningún aglutinógeno en sus glóbulos, de manera que su sangre puede ser recibida por cualquier persona, y es lo que se llama un «dador universal», pero tiene en su suero ambas aglutininas la anti A y la anti B, de manera que no puede recibir sangre sino de otra persona que sea de su mismo grupo sanguíneo.

Aparte de éstas hay otras diferencias sanguíneas de importancia médica secundaria, varios tipos de A, y otros grupos independientes M, N, etc.; pero también se presenta otro caso de distinto orden: el factor «Rh», capaz de causar accidentes en casos de transfusiones repetidas varias veces, así como algunos accidentes ocasionados en niños recién nacidos; pero, lo dejamos para la nota próxima porque razones de espacio ponen fin a ésta.

El viejo Arquímedes, con su famoso principio, explicó por qué flotan los barcos: la parte sumergida del casco desaloja un volumen de agua equivalente al peso de la embarcación. Sin embargo, hay embarcaciones ligeras que levantan la proa y se deslizan rozando la superficie del agua: la parte inferior del casco actúa sobre la superficie del agua igual que las alas de avión sobre el aire, desarrollando una nueva fuerza de sustentación al impulsar el agua hacia abajo, una gran porción de la parte sumergida—de la obra viva—sale el agua, disminuye el rozamiento y la embarcación puede tener más velocidad.

Navegar así puede ser ideal en aguas perfectamente tranquilas; pero se vuelve brutal el choque del barco contra las olas aunque sean pequeñas; al navegarse exactamente por la misma superficie las olas se parecen demasiado a sinuosidades de una carretera que hicieran dar saltos a los automóviles... pero puede considerarse que ya está a punto una solución largamente buscada que resuelve el problema, y que parece absurda a fuerza de ser lógica: el barco mismo va más arriba de las olas, a mayor altura que sus crestas, y la pequeña parte que, a manera de ala lo sustenta, va debajo de las olas, sin salir nunca fuera de sus depresiones. Así nacieron los barcos de «alas sumergidas» o «barcos con zancos».

Hay cantidad de modelos y formas diferentes. Los hay que, vistos cuando están quietos o navegan a poca velocidad, parecen lanchas automótiles vulgares; pero debajo del casco tienen alas sumergidas que, a medida que la velocidad aumenta, desarrollan mayor fuerza sustentadora y levantan más al casco que al fin «navega en seco», sin tocar el agua, a una velocidad que, por ahora, es casi doble de la que desarrollaría una embarcación rápida de tipo corriente que tuviera el mismo tamaño e igual potencia de motor.

Un tipo americano muy rápido tiene dos motores de aviación—con hélices de avión—de 450 HP c/u., y de cada lado tiene un cástago provisto de tres alas en V, que son sacadas fuera del agua para detenerse en lugares de poca

En la tierra de HADES



TODO lo que nace debe morir. Todo lo que crece, al alcanzar el cenit, decrece, se desploma y fenece. Delante de nosotros corre inexorable la muerte. Tierra de Hades, mar inmenso en el que desembocan los bajeles de la vida humana, diversificados en su absurdo trajín, pero unificados al fin.

La vida es hermosa, pero está sembrada de escollos y dolores, de sufrimientos y esperanzas. Vivir es padecer y es esperar. Pero la muerte también es hermosa, porque la muerte es la Paz.

Los dolores de la agonía pertenecen a la vida. Como suyos son los sufrimientos del parto. La muerte no es temible nada más que para los timoratos. Por fin, en aquellos cuerpos yacentes, se refleja la serenidad...

La Muerte, tal como la entienden los superficiales, no existe. Nada muere. Todo se transforma y renueva. La nada no existe y si existiera no sería ya nada. Morir en una forma es renacer en múltiples formas. Lo que entendéis por «muerte» es una transformación mayor en el gran concierto de la Vida eterna y universal.

«Cuán larga es la noche ilimitada del tiempo, comparada al breve ensueño de nuestra vida», decía el autor de Parerga. Pero en esa noche infinita nuestra materia, como toda materia, existió transformándose continuamente.

Si la materia se transforma continuamente, su espíritu se trunca para siempre. El pensamiento en vida, puede fecundar y formar otros pensamientos. Puede aun después de muerta, seguir viviendo en el recuerdo de los que aún que-

dan, fijado en los caracteres de un libro o en los rincones ignorados de un cerebro. Pero al desplomarse su corporal materia, el pensamiento cesa su función privilegiada.

Yo no creo en la existencia de un Pensamiento universal que rige o que no rige el asombroso Arcano del Universo. Dios de los religiosos o de los espiritualistas científicos. Como esencia y causa el Universo me es incomprensible. Nada sé al respecto. Nadie sabe nada, allende las fronteras de su imaginación iluminada o exaltada. Pero el Misterio está ahí, con su silencio infinito, indescifrable para nuestras pigmeas inteligencias.

Si creo que el pensamiento individual vive en cada uno de nosotros, mientras verticales caminamos por los caminos del mundo. Cuando nuestro corazón cesa sus latidos, el amado pensamiento se desdibuja para siempre, porque sólo era una asombrosa función cerebral, como lo era el movimiento de nuestros órganos externos, como lo era la sonrisa que iluminaba nuestros labios.

Las almas (o pensamientos) transmigran según los dogmas de antiquísimas religiones orientales. Tal es la hipótesis teosofista. Los espiritistas, mediante los «mediums», afirman comunicarse con los muertos. La religión cristiana, la más absurda de todas, promete la «reencarnación» del alma y de la materia. Pero todas esas especulaciones de cerebros calenturientos, se desploman ante el escepticismo científico...

Triste es, no lo dudo y lo he experimentado, la desaparición de una persona amada, mediante el golpe brutal de la fatalidad del fenecer. Nuestro egoísmo irracional quisiera fijar eternamente en el escenario del mundo la silueta querida. Si el desaparecido es el ser amado entre todos, enton-

profundidad. En los ensayos desarrolló 120 kilómetros por hora, lo que no parece mucho frente al «record» de 325 marcado por Campbell con su lancha «Blue Bird», pero esta marca se logró en aguas perfectamente tranquilas, mientras que ahora se trata de navegar en aguas regularmente agitadas.

En los fiords de Noruega funcionan rápidos «aquabuss» para 80 pasajeros que navegan con alas sumergidas y se cita el encargo de una embarcación «con zancos» para 24 personas, destinada al personal de los pozos de petróleo instalados en pleno golfo de Maracaibo, en Venezuela.

¿Hasta dónde llegará este nuevo género de navegación? Difícil es predecirlo; pero ya los proyectistas piensan en

grandes barcos de pasajeros que se deslizarán sin ninguno de los molestos movimientos que causan mareos, y a una velocidad que bajará mucho el precio de los pasajes. Los trasatlánticos demandan mucho personal y los sueldos de éste recargan el precio del pasaje en proporción a lo que el viaje dura, como lo recarga todo gasto ocasionado por el pasajero; la amortización del capital que costó el barco se hace tanto más fácilmente cuando más viajes haga a igualdad de tiempo y como el consumo de combustible para el trayecto será menor en las grandes barcos «con zancos», se espera que las compañías navieras se decidan por el nuevo género de navegación.

SERGIO

ces para uno «la tierra entera se despuebla», como decía el bardo Lamartine. ¿Cómo vivir en un mundo vivo sin la presencia de ella? Yo he llorado como un niño, horas enteras, ante la muda tumba de la mujer más querida...

Si la muerte triste es para nuestro egoísmo, no lo es para nuestra razón. Dice el gran poeta y creo yo con él que «si se golpeasen las losas de las tumbas y se solicitase a los yacientes su retorno a la vida, pocos son los que volverían a transitar por los senderos espinosos y vulgares del mundo». Con una vida hay de sobra...

No seamos injustos con la muerte. Hay que amarla como amar se debe a la Vida. Muerte y Vida, son dos pobres vocablos nuestros que en sí sólo definen una misma cosa.

El temor a la muerte, al «más allá», al «mundo de las sombras» y otras tonterías esparcidas por los dogmáticos religiosos, es una consecuencia de la existencia irracional de los seres humanos. No hay más allá, no hay cielo ni hay infierno. O sí, hay un infierno, el de nuestra belicosa vida llena de espanto y barbarie y en la que Dante se inspiró para sus dantescas visiones.

Si el pensamiento es función cerebral y, salvo en los detalles ya expuestos no se «transforma», el espectáculo de la putrefacción de nuestro cuerpo en la transformación final e inevitable de la materia que lo compone, es algo que para mí sinceramente, me causa asco, indecible asco...

Me rebelo contra el «culto de la carroña» defendido por la grey ensotana, por la tradición religiosa y por los mercaderes de la desintegración de la carne humana.

Algunos dilectos amigos, asegurándome que ya no existiendo el pensamiento en el cuerpo desplomado y no teniendo uno entonces conciencia de sí mismo, optan por el indiferentismo en cuanto al destino final de sus despojos. Confieso que no pienso yo así.

No puedo sufrir el espanto de comprender que por un tiempo ¡oh seres que tanto amé! sois presa de la más espantosa gusanería y de un hedor insoportable.

Sin embargo, los bárbaros que caotizan el mundo, han anclado en las conciencias, la rutina de los camposantos o pudrideros humanos. Debajo de sus infernales tumbas existe un espectáculo que repugna a nuestros pensamientos sensibles, artísticos y humanizados.

Los malditos curas hasta bendicen los pudrideros. Y los mercaderes hacen su agosto con las hermosas flores segadas de los rosales y que se marchitarán sobre el más ignoble de los espectáculos.

Los bárbaros hacen entierros en ciertas ciudades que cuestan un ojo de la cara. Hasta los canallas venden la muerte. En este diablo mundo, en donde todo se compra y todo se vende, pobres familias se empeñan tradicionalmente, por enterrar «convenientemente» a los desaparecidos.

En previsión de mi indiferente muerte, hago esta confesión: Quiero ser incinerado, que mis despojos desaparezcan

rápidamente y que mis escasas cenizas las esparzan mis amigos por el claro de un bosque o por encima del mar.

Con la incineración moderna, higiénica y humana, de adoptarse socialmente, desaparecerían los pudrideros tan asquerosos y tan bendecidos y lloriqueados por los sensibles.

Hermanos, amemos la Vida y que cuando la Muerte llegue, sea ella, no el espanto de los vulgares, sino nuestra última serenidad...

Tengamos exacta noción de que la muerte hállese comprendida en la Vida y que la Vida es la transformación lenta o brusca, más incesante, de toda la materia cósmica, en el inmenso y continuo crisol de la Vida Universal.

Y aun las mismas especies se transforman en otras o se sumergen en la materia llamada inanimada. Nuestro mundo tan joven y pletórico de vida, también con el rodar milenar del Tiempo, será una enorme masa petrificada, bogando por el sideral espacio, como viene haciéndolo desde las noches eternas, nuestra láctea Selenia.

Comprendido todo así, la Vida aparece hermosa, maravillosa, porque es un instante sublime de la eternidad en que nuestra materia forja una conciencia individual, que «conciencia tiene de sí misma».

No despreciar nuestra hermosa Vida, gozarla serenamente, amarla. Y partir inevitablemente de ella, como uno después de un paseo maravilloso y embriagador, se entrega en los reparadores brazos de Morfeo.

La muerte es la prolongación infinita de nuestro sueño.

Indudablemente, no todos los hombres sienten el temor a la muerte como el hombre blanco. En China, por ejemplo, la muerte es celebrada con cantos hermosos y el yacente es acompañado «hasta su última morada» por una o varias bandas de música. El coolie chino siempre tiene en reserva el dinero necesario para ser transportado a la tierra de Hades.

Los sombríos cristianos ennegrecen la muerte con el fatídico color negro. Los hindúes, más sabios, la decoran con el blanco, símbolo de Paz y Pureza.

En el pueblo de los gitanos, antes que fuesen aniquilados por los bárbaros civilizados y reducidos a simples pordioseros que recorren las rutas del mundo, existía la convicción de que un enfermo incurable o un anciano que, por sus achaques representaba una carga para la comunidad, debía autoeliminarse. Lo cual hacían en un bosque, al atardecer, cuando Helios se sumergía en el horizonte para iluminar a otros pueblos, rodeados de los himnos inmortales de sus hermanos.

Yo no entiendo a los que critican a quienes por voluntad propia quieren marcharse de la vida. Demuestran así que se hacía algo terrible. No exageremos. Hay un suicidio filosófico. El ejemplo admirable de nuestro compañero Jacob, es tan hermoso como el más bello, florido y amoroso de los poemas cantados a la Vida.

Sin duda, muchos son los desesperados que se van de la vida. De todas formas allí donde van hallan la paz, representada en la desaparición definitiva de la conciencia. Pero la mayoría de estos seres no comprendieron la belleza de la Vida. Eran extrovertidos hacia el exterior, vivían en los demás o en las cosas más que en sí mismos. La Paz en la vida, no se halla en los otros o en las sensaciones ajenas, sino en la amorosa conciencia que vive discreta, pacífica y conforme a sí misma.

Sócrates es inmortal por haber absorbido la cicuta. Su muerte, es tan maravillosa como su vida. A causa de ese fenecer voluntario, tenemos el tesoro de su Apología, uno de los libritos más grandiosos que ha creado el genio humano.

Zenón no esperó al aniquilamiento material para ir a la tierra de Hades. Se fué un atardecer rodeado desde el ágora de sus más amados discípulos.

El mismo y grandioso Epicuro, cantor de la vida bella y cultor de la vida buena, se fué de este mundo con la sonrisa en los labios, a pesar de una cruel enfermedad que le roía las entrañas.

Todo en la vida es hermoso, cuando se sabe vivirla. La infancia es sublime. Lo es la adolescencia. Lo es la virilidad. Lo es el ocaso. Lo es la muerte. Lo es el Amor, ese «desafío a la muerte» como dicen los poetas en mal de copia.

Todo en la vida es feo, cuando se es un muerto que camina, un cadáver que deambula por las calzadas hirientes del mundo.

Aun el espectáculo del dolor físico, de la angustia moral, de la explotación económica y de otras barbaries, puede frenarse ante una conciencia equilibrada y serena. Ningún ti-

rano económico ha podido tiranizar mi conciencia, aunque materialmente haya explotado a mis brazos, tal vez a mi inteligencia. Pero sólo ha extraído de ello risibles y ridículas ganancias materiales. Pobre diablo cuyo norte es el dinero...

Los timoratos huyen de la muerte hasta con el pensamiento. Al contrario, nada tan excelente, como la comprensión de que tenemos que desaparecer un día para siempre. Entonces, el orgullo y la vanidad desaparecen por encanto. Viven la mayoría de los hombres como si no tuvieran que morir nunca...

Y mientras existan los camposantos, un paseo por ellos no es a evitar. Así se podrá reflexionar sobre la inaudita y asombrosa tontería de la convivencia social de los vivos.

En la vida sólo es rico el que tiene una noción exacta de lo que ella representa y el que pasa por su escenario con mirada sonriente y la sonrisa a flor de labios.

En la vida sólo es sabio el que vive de acuerdo consigo mismo, desechando por completo todas las quimeras y vanidades de los hombres superficiales.

Lo que indudablemente es triste es la vida suicida de la inmensa mayoría de los hombres, con sus dolores provocados, sus malditas guerras, sus crueles presidios y otras barbaridades por el estilo. Pero esos hombres no vivieron nunca. Al nacer, fueron ya engendros muertos.

El filósofo, vive hoy. Sabe que el ayer ya murió. Sabe que el mañana es la tierra de Hades. El día en que mora, es la Vida, la verdadera vida. Por eso extrae de ella toda la serenidad y la belleza moral que puede, armonizándose a sí mismo constantemente.

Vladimir Muñoz



El pensamiento vivo de T. ANTILLI

Antilli fué un anarquista claro y surgente, de caudal vivo. Para apreciarlo a fondo no hay que acercarse como a una estatua, sino más vale como al brocal de un pozo; no mirando hacia arriba, sino hacia abajo, a las profundas napas de que él subía, llenos hasta los bordes, sus baldes de agua. Ahí está el Hombre; su poema y su drama.

Rodolfo GONZALEZ PACHECO.

Hay que ser por sí, lo de sí, y sin importarle nada de lo que digan los otros. La honestidad es consigo mismo.

Los trabajadores se abominan entre los ociosos; los hombres cargados son un horror en los elegantes salones. Pero son bien estimados donde se deposita o se deja la carga. Allí, cuanto más peso mejor.

No saber ser como todo el mundo; ¡pero si es una delicia! Somos como nosotros mismos, y somos la enfrentación al ser como todo el mundo... ¡Es un orgullo!

El valor de la inmortalidad no debe concederse sino a la obra inmortal. El artista que la produce, como la caña de maíz madura la espiga, debe desaparecer. Es la espiga que ha de perpetuarse... Esto es la fuerza y confianza para la obra.

Las hojas que caen no son perdidas para la vida; las semillas que cayeron en una tierra maldita para la germinación, no son perdidas tampoco, porque, descomponiéndose y asimilándose, contribuyen a restarle aridez al suelo y preparan el terreno para las fructificaciones futuras.

Se suelta al viento un papelito, y se queda flotando en él un momento, como vacilando entre dos soplos, hasta que, bajando de plano en plano, va a caer donde una bocanada de viento lo lleva. Igualmente se suelta en el agua un corcho y después de dar una vuelta sobre sí mismo, tomado por un nudo de la corriente, marcha ligero por donde el camino del agua lo lleva... Así, hoy una hoja seca, mañana un corcho, un pedazo de madera o de caña, los que se lanzan sin voluntad y sin propósito, «a vivir» según se dice, siguen la dirección que el viento o el agua llevan, o dan vuelta sobre sí mismos en el embudo de dos corrientes encontradas.

Teniendo un poco de vida, nos hemos propuesto atravesar ríos, continentes sociales que son inmensos, alcanzar a una ribera que ambicionamos. Vamos pujando, pujando...

Aquél que arrebató la tierra la transmitió a sus descen-

dientes; aquél que arrebató el poder lo legó a los suyos en herencia. Así, nada fué devuelto; todo sirvió para fundar la propiedad y la autoridad, nacidas una del robo y la otra de la violencia.

El progreso irrita el problema de la miseria, que no puede quedar precisamente estacionario. Y como el progreso es continuo y lleva la tendencia de ser cada vez más, los grupos proletarios tienen delante de sí una más baja y terrible proletarización que irá en aumento. La situación actual por mala que sea, es más feliz que la que vendrá luego, en que millones de proletarios no podrán ganar de ninguna manera su pan.

No iban tan descaminados los que defendían la vida gaucha, los que no querían ver los ríos violados por el buque a vapor, ni la pampa por el ferrocarril. No era solamente para enrostrarles el dictado de bárbaros. Comprendían por instinto que todo esto iba contra ellos.

Para que el régimen capitalista pudiera ir bien sería necesario que en alguna parte existiera una fuente de explotación sin fondo, de la cual pudiera sacar siempre el capitalismo su substancia. El régimen capitalista sólo puede vivir de la substancia de otros.

¿Le importa algo al buscar hacer realizar a un operario el trabajo de una bestia? Le importa solamente que le deje algo. Y como al trabajador le importa ser útil siquiera en el trabajo que podía quitarle la bestia, de ahí que lo realice y aún esté dispuesto a competir. Es simplemente terrible la condición del trabajador: todo puede quitarle el pan y la vida. Y para conservarlo en breve tiempo, debe derrochar sin tasa la fuerza y la vida.

Trabajar, producir, entregar el fruto como el árbol, es el gran gesto de bondad. Y este gesto lo hacen los trabajadores, padres verdaderos de la especie humana.

Doy el corazón, lo granado de la espiga, a los buenos amigos y compañeros que luchan por el advenimiento de un mundo mejor.

Contentémonos con ser inspiradores, abridores de rumbos, rompedores de surcos; por nuestra parte no ambicionamos destino mejor. Ya es imposible fijar todo aquello que es debido a la paternidad directa o indirecta de los anarquistas. Todo esto debe entrar en nuestra cuenta con la vida.

Colocad a un hombre entre los hombres, a una hoja entre las hojas, y tendréis la revelación de que su vida no es más que un estrecho e inevitable comunismo. Ni se ha forjado una sola vida para él sino para todos, ni se ha for-

jado una sola cadena para todos, que no le oprima a él.

—o—
El anarquista podrá o no ser hijo de anarquistas, pero lo será de todas maneras, como lo hemos sido nosotros: hijo de sus obras...

—o—
Afirmamos todo lo que es la vida: la lucha, el trabajo, el amor; la voluntad idealista, el esfuerzo inteligente y fructificado.

—o—
Laboremos en el surco del pueblo; laboremos aunque sea un pedazo de suelo como la mano, y apliquemos en él los métodos de una cultura intensiva.

—o—
Nadie ha podido poseer nada, en suelo, casas, muebles, etcétera, sin haber antes desposeído a sus semejantes de aquello que posee, y que no ha creado ni fabricado él. Esto es el robo; sea con engaño, violencia o por medio de la usura, es el robo.

—o—
¡Salud, pues, Proudhon, quien primero dijiste que la propiedad era un robo! Con ello hiciste caer la viga del ojo de la humanidad robada, oprimida y miserable; señalaste también el camino de la restitución: la posesión común de suelos, montes, agua y aire, ciencia, arte y desenvolvimientos, y la obra común en el trabajo.

—o—
Altos picos, montes agrestes; valles profundos y cavados, tendidas llanuras o mesetas, tranquilas ensenadas y costas bravías, lagos, ríos y arroyos... Esto fué Reclus, a través de cuyas palabras todo marcha, camina, anda, como a despeñarse en una cascada y luego recomenzar su circuito de las aguas; para quien nada de lo del Universo fué indiferente, de la humilde flor hasta el astro y hasta la vida oprimida del hombre, que él quiso LIBRE!

—o—
Guyau decía: «El libro es un ojo abierto que la misma muerte no alcanza a cerrar». La educación racionalista, la Escuela Moderna, es un ojo de Ferrer siempre abierto sobre nosotros, que la misma muerte no ha alcanzado a cerrar.

—o—
Si don Quijote no hubiera tenido más que una salida, puede decirse que su locura no hubiera tenido más que un solo día, como la de todos aquellos que habiendo hecho un primer intento, se curan y vuelven a la vulgaridad en

seguida... Cada nuevo periódico es para nosotros una salida.

—o—
Idea y amor son enemigas del orden y la tranquilidad; son enemigas de las instituciones, del Estado y la familia; son enemigas de la autoridad, la moral y la propiedad. Realizan la desobediencia, el deshonor; son anárquicas, y hundirían a la sociedad de asiento, gazmoña y regularidad.

—o—
El obrero que trabaja debe avergonzarse ante el que no encuentra ocupación, el que come ante el que perece de hambre, el que consigue estar alojado ante el que vaga sin techo en la calle, el que está libre ante el que está preso, etcétera. Por consecuencia, no hay nada legítimo, que pueda ser disfrutado con propiedad, sin que parezca un robo o un insulto para otro ser más desgraciado.

—o—
Sólo la vida es joven, sólo la vida es eterna. Ninguna forma está destinada a perdurar, ni aun ésa que ahora nace y promete fructificación más fecunda que la de los árboles que ya otoñan.

—o—
Vivir otra vida que la que viven todos; ser interiormente más luminosos, más bellos, y exteriormente también; sabernos comportar con los demás hombres, con las plantas, con los animales, con las creaciones del arte y con las creaciones de la naturaleza, sin necesidad de gobiernos, de leyes y prohibiciones, sólo por nosotros mismos, por nuestra hondísima y fecunda cultura.

—o—
Yo comprendo perfectamente a los anarquistas. Sé lo que desean, y lo que desean lo deseo yo. Se saben capaces de vivir la vida que han deseado. ¡Qué! ¿Diréis que el anarquismo es imposible? No lo es para los anarquistas que son sinceros.

—o—
Conviene con la verdadera anarquía—la fuerte, la bella—las palabras de los jóvenes del ideal. Pues, ¿qué sería de la primavera con sus bellos días, su sol resplandeciente, sus mañanas mojadas de rocío, donde no hubiera de encontrar una resonancia completa, y sólo hubiera de servir para recalentar viejos o poner una nota de verde, de falsete en el césped antiguo, en los árboles sin fuerza? De la Anarquía, como de la primavera, como de la vida, como del amor, han de dar razón los jóvenes.



El informe KRUTCHEV

LA LUCHA POR EL PODER



IV

IGNORAMOS la causa del silencio en que Krutchev mantiene el nombre y actuación de Kamenev. Sobre Trotzky, Zinoviev y Bujarin es necesario insistir. Su caída en desgracia y posterior eliminación no se produce en la forma, ni por las causas enjuiciadas, sino por el hecho de la rivalidad que la conquista de la jefatura vacante estimuló en las figuras del régimen. Y a los dos últimos, más que nada, por el terror que los métodos de Stalin les inspiró.

Los traidores amigos de Trotzsky hubieron finalmente de comprender cuáles eran los verdaderos designios de su flamante aliado. Pero tarde, demasiado tarde, la causa que les llevó a enfrentarse a la popularidad de Trotzsky estaba perdida para ellos. El ludibrio y la ignominia terminó por poner fin a una vida de traiciones y una carrera de obstáculos, en vista de recoger la herencia de Lenin.

Desde el primer momento los bolcheviques intentaron, mediante la creación de la Internacional Comunista, canalizar las energías del proletariado mundial a la salvaguardia de los intereses del Kremlin. La suerte de cada pueblo se intentó quedara supeditada a la del país de los soviets. La más odiosa superchería pasó a tomar carta de naturaleza. Nace con ello el proceso de deificación de un régimen, que Stalin intenta desviar hacia su propia persona, rectificando la historia a su capricho. Es ello, quizás, una de las causas motivadoras de las eliminaciones en masa de los más adictos colaboradores de Lenin. Los verdaderos artífices del golpe de Estado bolchevique presuponían un vivo testimonio de la falsedad de los hechos tergiversados.

Y no es esto lo más grave, sino los resultados que en un plano mundial este hecho produjo. La deificación de Stalin no sólo entrañó la eliminación de la vieja guardia, sino que hizo degenerar a paso de carga la conciencia de que la emancipación de los trabajadores debía ser obra de los trabajadores mismos. En lo sucesivo la atención proletaria sufrió el espejismo de ver en el país de los soviets su patria de adopción y predilección. La patria en la que penaban y sufrían millones de sus semejantes para garantizar el goce y privilegios de la minoría gobernante.

Odioso sarcasmo, el obrero sin patria, los hombres que se ufanaban de ser internacionalistas, en consideración de la igualdad y la justicia, eran arrollados por el ímpetu fanático de una masa amorfa y apática. Fué un caso de delirio colectivo que llevó a los pueblos a las más funestas contradicciones y antinomias. Las masas, sin conciencia ni educación social postergaban a las calendas griegas, los magnos principios de redención social.

La imposición de unos líderes políticos dotados del poder de transformar las condiciones de vida y de sistema social, tan largo tiempo combatido, fué aceptado voluntariamente. Una nueva iglesia nacía y una adoración ilimitada suplía con sus deficiencias, la patente de la abulia obrera.

La libertad condenada como principio pequeño-burgués era guillotizada, y con ella todas las teorías emancipatrices. El complejo de semejantes directivas actuaba cada vez de forma más precisa e imperiosa, yugulando la acción directa de los pueblos con tendencia a su liberación. Era una línea de conducta que sólo podía que propiciar la consolidación de la maquinaria estatal rusa. Y con ella la de Stalin.

Todo lo excelso fué relegado a la categoría del tópico sin sentido, o de la utopía irrealizable. El mito se imponía sobre todo orden de consideraciones, ocupando en toda su amplitud el corazón y las esperanzas obreras.

Y en tanto que en Rusia, millones de hombres eran sacrificados implacablemente a la absurda razón de Estado de consolidación de una economía de primer orden industrial, los impulsos revolucionarios del pueblo eran falseados. La fe en el Ejército Rojo adormeció los más fuertes ímpetus.

El espejismo de la supremacía rusa fué el mayor tóxico para el movimiento obrero, cada vez más dividido y minado por las repetidas escisiones. En lo sucesivo las consignas ocuparon la plaza del raciocinio y la libre discusión. No hubo nada válido a excepción de las directrices de Moscú. El resto estaba condenado de antemano.

La influencia moscovita fué tan decisiva que facilitó por esta causa el avance del fascismo en el resto del mundo. Sólo España fué el baluarte alzado a su paso. Y esto en razón de la idiosincrasia de su pueblo, que anuló todos los esfuerzos de penetración de los sicarios de Moscú. Penetración que hoy facilitan las propias democracias, con su descabellada política de sostén a Franco.

El más fiel colaborador de Stalin, aparte de las embajadas rusas, en su labor, ha sido el Komintern, verdadero órgano directivo de los partidos bolcheviques en el mundo. Pero dirigido por Stalin. Es precisamente su voluntad impositiva la que debía producir el choque con Zinoviev y Kamenev, con los resultados que se conocen.

Uno de los más graves errores, de ciertos núcleos del proletariado, ha sido el de aceptar por válida la tesis de la supremacía del Komintern sobre el C.C. del P.C. ruso. O cuando menos su independencia. La astucia de Lenin, y la personalidad de sus primeras figuras representativas, le dió una apariencia de verismo a la cuestión.

Realmente las directrices del mismo no tenían por finalidad que asegurar, afianzar el nuevo Estado en cieme, mediante el desinteresado apoyo de la clase trabajadora mun-

dial. El Komintern no ha sido otra cosa que la nodriza del Estado bolchevique. Y el más eficiente de los servicios de espionaje.

No obstante, cuando más precisa se hizo esta política fué a partir del predominio de Stalin por los años 28-29. Con su característica brutalidad, impuso a este organismo la distintiva que ha venido caracterizándolo. Se ofreció a partir de este momento, la verdadera voluntad dominadora a través de todas sus intervenciones, terminando con las falsas apariencias de que se le rodeó en tiempos de Lenin, terminando imponiéndose no sólo a las figuras del interior, sino a las del mundo entero.

Laten ya en germen los principios que más tarde harían de él el hombre infalible. La consolidación de la maquinaria estatal se opera en Rusia, siguiendo al desequilibrio del movimiento obrero mundial. Son dos líneas convergentes a un fin, aunque divergentes en su esencia.

El truco tan característico de todos los dictadores, «la patria en peligro», lo amplió Stalin con el adjetivo de la patria socialista. Este burdo artilugio explotado hábilmente, dió el resultado apetecido. Eximidas de pensar por cuenta propia las masas no observaron la concluyente contradicción de los términos. Las directivas, como las realizaciones rusas fueron aceptadas con categoría de sacrosantas exentas del más leve reproche o fiscalización.

Las terribles purgas bolcheviques exterminaron por completo el más leve conato de oposición a Stalin. Todos los cargos representativos del Partido o del Estado fueron copados por elementos totalmente adictos a su persona. El reinado de la G.P.U. terminó imponiéndose en todos los órdenes. Y no sólo en Rusia. Para optar a cualquier cargo en los partidos satélites, fué precisa la prueba de la más patente incondicionalidad al jefe supremo. Fué una lucha de habilidades, astucias y perfidias del más acendrado maquiavelismo. Así ascendieron Tito, Gero, Toglioli, Thorez y La Pasionaria. Y así también ascendieron y fueron eliminados Thaelman, Pauker, Slanky, Rajk, Díaz, El Campesino, Comolera y Antonov, entre otros.

La tesis de la revolución permanente, es desechada por la de un solo país. Las energías revolucionarias de los pueblos son canalizadas o escarnecidas. El insulto, las groserías, el reinado de las medias verdades y calumnias termina imponiéndose. El desorden, las consignas contradictorias y la corrupción ocupan los sitios más elevados y las tácticas del corrompido sistema.

Las perspectivas de una revolución inspirada en el molde soviético, ha tiempo se han desvanecido. La candidez de las masas es explotado hasta el extremo límite. Elementos extraños al campo obrero, oportunistas de toda laya, aventureros políticos o fracasados, elementos obreros que desconocían el historial y las finalidades de las luchas sociales y de los ideales socialistas son incorporados en masa con el fin de tener gentes de confianza en los puestos responsables, a base de satisfacer sus ambiciones de cualquier orden. Era la gloriosa época de la reconciliación de bolcheviques y social-demócratas. La voz consecuente del anarcosindicalismo fué menospreciada y las consecuencias no tardaron en darles una total justificación.

El desastre de la revolución China. La concomitancia de bolcheviques alemanes y nazistas, precediendo al abrazo Molotov-Ribbentrop, aunque una y otro dirigido por Stalin, dan, entre otros de no menor importancia, una amplia imagen de todos los hechos silenciados por Krutchev, ignoramos por qué razón, y que al fin terminaremos por estudiar.

EL XVII CONGRESO BOLCHEVIQUE

Los abusos de Stalin y sus arbitrarias medidas sobre el partido y su Comité Central, según Krutchev, son plenamente evidentes a partir de 1934. Pasemos por alto lo discutible de la afirmación, ya que anteriormente hemos avanzado algo al respecto, para tratar de seguir el hilo narrativo del expositor que llega ya a su punto álgido.

El XVII Congreso del partido se reunió en enero de 1934, Asistieron a él, según Stalin. «1.225 delegados con voz deliberativa y 736 con voz consultativa, representando a 1.874.488 miembros del partido y 935.298 candidatos». Krutchev sostiene que fueron «1.966 delegados con derecho de voto o con voz consultativa».

En esta época dice Stalin («Historia del Partido Comunista (b) de la U.R.S.S.»), «la industria socialista constituía el 99 por ciento de toda la industria del país. La agricultura socialista, kolkoces y sokoces, ocupaban aproximadamente el 90 por ciento de toda la superficie de sembradío del país. En cuanto al comercio, los elementos capitalistas habían sido desposeídos». Lo que confirma la aseveración de Krutchev, al considerar que la época de terror implantada por Stalin concuerda con la consolidación del régimen.

«Sabemos, dice Krutchev al llegar al punto culminante de su ataque, que el 8 por ciento de los votantes del XVII Congreso se habían adherido al partido durante los años de conspiración que han precedido la revolución y durante la guerra civil, es decir, antes de 1921; desde el punto de vista de su origen social los delegados del Congreso eran esencialmente obreros (60 por ciento de los votantes)». Esta constatación es de un valor primordial. Jugando con el origen social de los delegados y la procedencia social de su estirpe se les extiende el aval correspondiente, de incondicionalidad al partido, certificada a continuación de forma categórica.

«Los delegados al Congreso, continúa el informador, habían sido los artesanos activos de la edificación del Estado socialista... Sin embargo, «1.108 personas, es decir, netamente más de la mayoría, fueron detenidas bajo la acusación de crímenes contrarrevolucionarios». Y de los 139 miembros y suplentes elegidos para los cargos del Comité Central del partido, 98 fueron detenidos y fusilados, es decir, el 70 por ciento».

Olvidó, y esto es preciso recordarlo aunque Krutchev se haya contentado con lo precedente, en el tintero, la suerte de los 21 comisarios o ministros de la U.R.S.S. a fines de 1936 (sólo Orjonikidze murió de muerte natural), de la del Buro político autor del golpe de Estado de 1917, del que sólo se libró Lenin (?); de los dos tercios del cuerpo diplomático ruso y del partido; de los mandos del Ejército Rojo, cuyos únicos supervivientes, entre ellos Jukov y Rokosowski, deben su salud a la segunda guerra mundial. Y al margen del partido la sufrida por millones de personas. Más de la décima parte de la población sufrió las consecuencias de la represión. Puede afirmarse, sin temor al error, que rara fué la familia que escapó indemne a la tormenta.

Todos estos hechos denunciados por nosotros tesonadamente no eran ignorados más que por la cerrilidad y el fanatismo de los doctrinarios moscovitas. Ellos dieron lugar, aclara Krutchev, a la formación de «una Comisión bajo el control del Presidium del Comité Central. Ella tenía por misión investigar y establecer las causas que habían posibilitado las represiones de masas contra la mayoría de los miembros del Comité Central y los suplentes elegidos por

«SOPHIROSINE»



La sofrosina es una hablada pseudo griega. Pero, no fué nunca una virtud que adornase a los griegos. Por lo menos a lo que yo tengo fichado como la superior Hélade. No ha sido tampoco prenda de vestir, ésa, de los españoles que valieran un higo en jamás de los jamases. Quiero decir de la España loqui-brava, que tiene por tótem al toro, y deja el arado y el abrevarse de agua con lacértidos para el dios Apis.

Sofrosina significa sesada, sesamen o sesudez; cordura, moderantismo, «seny» catalán, tardigrésion o gradación batracia, sangre regordisima. Corresponde en lo moral a lo que en la arquitectura son la simetría y las proporciones; en escultura, la serenidad frente a la sirenidad y al inequilibrio; en literatura, la medida, lo cursi y el gusto por lo

rancio o añejo; en amor, la estéril continencia y el su único hijo; en política, el orden hasta la muerte por hambre y la tranquilidad con malos alimentos.

Es decir, que la muy falsaria inoda o implica todo aquello por lo que no hay modo de meter en vereda y hacer entrar a nuestro pueblo, enemigo de pasar por ningún aro, como si fuese un perro de circo. Así, nuestro mudéjar es el clásico frenético, en la aguja del delirio. Con el arco de medio punto de los pesados rumenos, se inicia el ciclo de la bóveda, la cúpula, la cebolla, la patata y la patarata. España no es prandial y pradial (rumiëna), sino soñadora y turífice.

La sofrosina, como característica sobresaliente de Grecia, es una interpretación mocha y agachal del temple de demonios tan vibrónico; a quien, por el contrario, distinguen su azogue, más que la estasis y el éxtasis contemplata; su

el XVII Congreso del partido»... Un abundante material de los propios archivos de la N.K.V.D. dejó bien patente la falsedad de los procesos de Moscú. El informe de la Comisión en cuestión establecía plenamente «que numerosos activistas del partido, de los soviets y de la economía, que habían sido tratados como enemigos en 1937-38, no fueron jamás, de hecho, ni enemigos, ni espías, ni saboteadores, son siempre honestos comunistas»...

Ahora bien, si todo es cierto como se afirma, los actuales impugnadores de Stalin son responsables de los desafueros de éste en un grado y extensión equiparable a la del encartado. Cuando no más aún, pues, de no haber mediado ésta, el endiosamiento del «padrecito de los pueblos» no hubiera sido posible que alcanzara el tono a que se elevó. Estimulada precisamente por ellos. No hay más que tener en cuenta que hasta unos meses antes del XX Congreso del partido bolchevique, precisamente con motivo del aniversario de Stalin, toda la prensa moscovita, tanto la dirigida por el partido y su Comité Central, no dejó de entonar las habituales elegías al Tamerlan georgiano.

El informe contradictorio en sí, ya lo hemos dicho, se eleva en este punto a extremos inverosímiles de falsedad. Entre lo sustentado en él y la realidad de los hechos hay una serie de lagunas que nos es difícil vadear. Y que son de todo punto incomprensibles y opuestas.

Una de las más odiosas figuras de la G.P.U. Beria, fué después de la muerte de Stalin, una de las tres figuras representativas del régimen. Es cierto que a Beria no se le puede imputar la responsabilidad de los hechos que en esta parte se estudian, pero sí la de otros de una equivalente, cuando no superior criminalidad. Y más que a él a Malenkov, cuya misión en tanto que secretario particular de Stalin es de lo más repudiable, y sobre la que no se necesita insistir por conocida.

La figura de Malenkov, aunque menos pública, sólo puede ser equiparada a la del sangriento Vichinsky. Del cuarteto ellas fueron las más repugnantes del régimen. Sin embargo, el primero fué y sigue siendo una de las cabezas representativas, en tanto que al segundo, pese al escaso relieve de su personalidad, no sólo en el partido, sino entre la casta estatal o diplomática, se le han concedido unos honores póstumos en total oposición con los hábitos bolcheviques.

El 26 de noviembre de 1954, Vichinsky fué incinerado y expuesto en gran uniforme en la casa de los sindicatos, siendo velado por los miembros del Presidium y del Comité Central. El elogio fúnebre fué pronunciado por Molotov, Gorchenin, Nesmianov y Volkov, en presencia de todas las altas jerarquías. 124 coronas, transportadas por dos hombres cada una, rodeaban literalmente la carroza fúnebre. Estos funerales suntuosos, como decimos, no correspondían al rango del difunto. Raros son los bolcheviques que hayan disfrutado de honores equivalentes.

En cuanto a Beria, si bien es verdad que finalmente fué eliminado, la inculpación imputada era de «traidor y espía de los imperialistas». No son por tanto sus desafueros políticos los que se hallaban en juego. Todo ello, pese a la acusación de Krutchev, sosteniendo que todos los crímenes, falsificación y medios de tortura empleados para obligar a los encartados a acusarse a sí mismos fueron impetrados «bajo la orden de los jueces de instrucción y falsificadores». Es decir, Stalin y la G.P.U., así como Vichinsky, procurador general en 1936, acusador público en los procesos que tienen la virtud de desatar la indignación teatral del cómico calvo Krutchev.

Francisco OLAYA

arremetividad, su travieso humor, su espíritu crítico; su locuacidad psítacea inexhaustible; el culto a la belleza, el ardor juvenil, la pasión astréica o de justicia y el ansia eleuteromaniaca o de libertad.

Entre los heládicos asofrosinios, desmesurales y noblemente semi-insensatos, más sobresurientes, figura lo verdaderamente «chic» de la casta, que no tiene en nutriología por ideal lo digestónico ininclusivamente. O sea: Sócrates, Praxiteles, Aristófanes, Luciano samosateno, Safo, Laís, Friné, Corinto, los sofistas, Diógenes y todo el colegio cinico, los antifarnabazes y las antifarnabazias del Olimpo sagrado, el genio mismo de Helenia. Pero, el portaestandarte de toda esta cofradía de dionisiastas, es Anacreón, el hermoso viejo verde teyo, el septuagenario muchacho inmarcesible de Teo, en Jonia. ¿Qué profesaba esta religión gaudiofruyal? Que la vaciedad infinita del ser puro y del prosear cotidiano, ha de farsirla o rellenarla la ideal poesía, un tanto turbulenta, de los simposios, las ánforas y las aulétridas. Más claro: han de angelicarla botellas, manjares, música, danza; carnes en flor, ávidas de cochura. Para esta alegre cáfila, Grecia se hizo graciosa y doctísima; aprendió a pensar con fineza y a sentir en rebato, quincuefinestrando por los cinco sentidos; poliviendo por todos los poros, como un rey Poro ilota. Es decir: bebiendo el néctar lesbiano o quiótico; plumando las palomas de Pafos, como gallinas; abrazando tanagras, discutiendo con Zenón, riéndose de las teomanías de Hesiodo; echando por alto, de cuando en cuando, los pies al són de la siringa de Pan o de la forminge de Orfeo.

Anacreonte llama a Venus Argiopédita (pies de plata); Crisostéfana (la casqueada de oro); Calipiga (la de los flancos de onda, disticos y rítmicos); Rododáctila (auroral, la de

carmineos dedos); Heliobléfara (la de solares ojos); Melenis (la giróvaga nocturna); Andrófona (la matadora de hombres). Le dice a su amor que es una espuma, un lacticinio; que tiene el bucle, ya más flavo que Febo, ya más negro que un dragón; el muslo de Pólux y la juguetonería de Eros; que se trenza la crencha con nardos, con yedra, con arrayán, con violetas y con jacintos; que no hay parto del cielo como su sonrisa; que lanza con su arco jaras mortales; que parece que flote al andar como las ovas sobre las olas.

A Baco lo denomina Leneo (dios de las cubas, de la bota, de los lagares; el bodega; Bromio (el chispo, el borrachón); Liber (libador, libertador); Lieo (quitapenas); Berecintio (frigio, el embudo rizado); Basareo (el lidio, colador de ámbar en burbujas).

En su epos V «A la rosa», recienta en lavas fumantes. La trata cariñoso de ojo del jardín, estrella del llano, candil de la ventana, querida del estío, deleite de la Tierra. Escríbele que su sino es morir deshojanda en el mosto; ahogarse bebiendo, más que desmayarse en un tabor o mareada sobre lotos y sobre mirtos.

Pero; la devoción al cortadillo y a la jarra, es lo que más enajena al apolíneo senecto. La leche de las parras —ronrona en la Canción décimoquinta— me hace más rico que Giges y que el rey de los sardios. Prefiero una gota del puro, que un buey de agua. Mi espejo es la taza de barro, repleta de jade. Mi peán es el brindis. No hay leña que me deshiele la sangre, prenda fuego a mi barbazón y me inflame las canas, como la del sarmiento; mi báculo, que ampare como un cuero en brazos, al que se mece como a un hijo nunca ingrato, y hace fenecer cargándote alma y vida de su espíritu y de su gas.

Angel SAMBLANCAT

MICROCULTURA

147. Los países de Sudamérica productores de petróleo son principalmente Venezuela y Argentina.

148. La escultura «La Edad de Bronce» es obra de Rodin (1840-1917).

149. La capital del Estado de Río de Janeiro es Niteroi, y la del Estado de Nueva York es Albany.

150. El nombre de Salomón viene del hebreo «Schalom» y significa «paz».

151. Décimoquinto se puede decir también quindécimo y quinzavo.

152. Se llama «ninfomanía» al deseo sexual excesivo en la mujer.

153. El escritor uruguayo José Enrique Rodó (1872-1917) es el autor de «Motivos de Proteo».

154. La máquina de sumar la inventó el matemático francés Blas Pascal, en 1642.

155. El pollo como alimento tiene pocas calorías y muchas proteínas.

156. Hawái tiene 10.414 kilómetros cuadrados y 78.000 habitantes.

157. Origina el nombre de «raqueta» de tennis, del latín «rete» o red.

158. Para registrar los fenómenos que se producen a gran velocidad, se desarrolló una cámara que saca fotografías a una velocidad de 200.000 por segundo, con un tiempo de exposición de sólo un diezmillonésimo de segundo.

159. El tema principal de las canciones norteamericanas es el amor; lo mismo ocurre con las españolas e italianas.

160. El mar contiene casi todos los fertilizantes solubles que existen en el mundo.

161. El primer hombre que cruzó el Canal de la Mancha a nado fué, en 1875, Mateo Webb, y la primera mujer,

- en 1926, Gertrudis Ederi, con un horario de 21 y 14 horas respectivamente.
162. Las lámparas de televisión en color contienen materiales fluorescentes azules, rojos y verdes, los que al combinarse, producen todos los colores requeridos en las imágenes.
163. El español Gil González Avila exploró en 1522 lo que es hoy Nicaragua.
164. Los estudios últimamente realizados, indican que las muertes ocasionadas por cáncer al pulmón, son cinco veces mayores entre los grandes fumadores que entre las personas que nunca fuman.
165. Argos, gigante mitológico, tenía 100 ojos, de los cuales 50 siempre estaban vigilando.
166. El oso polar es tan buen nadador que ha sido visto a más de 300 kilómetros de la costa, en mar abierto.
167. Federico Nietzsche fué el autor de «Así hablaba Zaratustra».
168. La mayoría de las aves, para volar, mueven sus alas al unísono, pero el vencejo—la más veloz de las aves—las bate en forma alternada.
169. El Canadá, Cuba, Estados Unidos y Brasil son los principales productores de níquel en América.
170. Se calcula que para 1980 el 65 % de las nuevas instalaciones eléctricas serán atómicas en los Estados Unidos.
171. Se llaman «lenguas romances» a las derivadas del latín: castellano, francés, italiano, portugués y rumano.
172. Los rayos cósmicos son chorros de partículas eléctricas que barren constantemente la Tierra desde todas direcciones, pero aún se desconoce si proceden del sol o de las estrellas.
173. El inglés Edmundo Cartwright inventó en 1785 el telar mecánico.
174. Benvenuto Cellini (1500-1571) fué el famoso escultor italiano que escribió su autobiografía.
175. En los Estados Unidos más de cien millones de personas utilizan el gas natural.
176. Se calcula que una gota de agua contiene alrededor de seis mil trillones de átomos.
177. La «Legión Extranjera» se fundó con el fin de la conquista de Argelia.
178. Ceilán, famosa por su té, tiene 65.610 kilómetros cuadrados y ocho millones de habitantes.
179. Anualmente aparecen en los Estados Unidos alrededor de sesenta mil casos de diabetes.
180. Un compuesto de fósforo puede ser combinado con otras sustancias químicas para hacer que los tejidos de algodón sean resistentes al fuego.
181. Entre los mayores consumidores mundiales de petróleo, el tercer lugar corresponde al Canadá.
182. El primer caballo, llamado «echippus», tenía aproximadamente el tamaño de un zorro y vivió hace 60 millones de años.
183. Desde 1942, más de 3.500 sustancias antibióticas han sido aisladas y estudiadas.
184. El viento que sopla sobre las alas y fuselaje de los aeroplanos que vuelan a las máximas logradadas por los aviones, es entre diez y doce veces mayor que cualquier huracán registrado.
185. El rinoceronte es pariente del caballo, y en cierta época vivió en Norteamérica y Europa.
186. El registro de vehículos automotores en Canadá, alcanza a tres millones y medio, el doble de los que había en 1947, antes de descubrirse allí petróleo.
187. El poeta inglés Tennyson cantó la guerra de Crimea con su «Carga de la brigada ligera».
188. Según la Biblia «la reina de Saba» fué una de las miles de esposas que tenía Salomón.
189. Carlos Marx era protestante aunque de raza judía.
190. La primera revista femenina de los Estados Unidos fué «Godey's Lady's Book» y vio la luz en 1830.
191. Una idea de la magnitud de la acción destructora que el viento y la lluvia realizan en la tierra (erosión) puede verse en el Gran Cañón del Colorado, situado en Arizona, Estados Unidos.
192. J. Henri Fabre fué un sabio entomólogo francés, cuyos estudios sobre el instinto de los insectos le han dado renombre mundial.
193. La «bibliomanía» es una pasión por tener libros raros, por manía y no por cultura.
194. El microscopio fué descubierto por el holandés Zaccarias Janssen, en 1590.
196. En el lugar donde se hallaba Babilonia quedan algunos restos de lo que se supone fué la Torre de Babel.
197. El porcentaje de sal en el agua es tan grande en el Gran Lago Salado de Utah, Estados Unidos, que no permite la vida de ningún pez.
198. Un piano corriente tiene 52 teclas blancas y 36 negras. En total 88.
199. Las naciones europeas que aún tienen «colonias» en América son Francia, Gran Bretaña, Dinamarca y Holanda.
200. Las islas Shetland, en Escocia, Inglaterra, son famosas por sus caballitos enanos, los más pequeños de Europa.

Una realización de

SUNO

POETAS DE AYER Y DE HOY

SIERVO SOBERANO

Abriendo el surco, cosechando el trigo,
formando adobes, levantando el muro,
tejiendo el paño del precioso abrigo,
gestando al puño todo el bien futuro.

Siembra y produce más como un castigo,
lleva la cruz del porvenir oscuro,
en la noche invernal el desabrigo
y en su mesa la cena del pan duro.

El trabajo, no piensa, es lengua muda...
en la jornada cotidiana suda
con la flaqueza del humilde can.

Como el asno sujeto a su carguero
a manera del viejo pertiguero
uncido al yugo de la ley del pan.

¿PROFANO?

Me dices trovador de campanillas;
que las trovas que surgen de mi musa,
es sólo el canto de mendrugo y blusa,
de jornales, chambergos y golillas.

El poeta que olvida las bohardillas,
y de los hijos del dolor se excusa,
a la caricia maternal acusa
y profana el amor con sus cuartillas.

¿Que entre letrados yo no soy poeta?
Para el pueblo que sufre soy profeta
donde el bardo del pueblo se inspiró.

¿Que los sabios a mí me desconocen?
¡Pues tampoco a los sabios los conocen,
en el mundo de amor que vivo yo!

MARTIN CASTRO

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «AUSTRAL», 200 francos volumen sencillo; 300 francos volumen doble (.).

ALTOLAGUIRRE. — «Antología de la poesía española».
BAROJA. — «Las inquietudes de Shandí Andia» (.); «Fantasías vascas», «El gran torbellino del mundo» (.); «Los amores tardíos», «Zalacain el aventurero», «La casa de Aizgorri», «Los últimos románticos», «Las tragedias grotescas», «Paradox Rey» (.); «Avinareta o la vida de un conspirador», «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox» (.); «La obra de Pello Yrza», «Pilotos de altura» (.); «La estrella del capitán Chilmista» (.).
Rómulo GALLEGOS. — «Doña Bárbara» (.); «Cantacaro» (.); «La rebelión».

GANIVET A. — «Cartas finlandesas».
Eduardo MARQUINA. — «En Flandes se ha puesto el sol».

A. PALACIO VALDES. — «La hermana San Sulpicio» (.); «Marta y María» (.); «Los majos de Cádiz»; «Riviera» (.); «Maximina» (.); «La aldea perdida» (.).

RAMON Y CAJAL. — «Mi infancia y juventud» (.); «Charlas de café» (.); «El mundo visto a los ochenta años» (.); «Los tónicos de la voluntad» (.); «Cuentos de vacaciones» (.); «La psicología de los artistas».

Jacinto BENAVENTE. — «Los intereses creados»; «La Malquerida».

V. BLASCO IBÁÑEZ. — «Cuentos Valencianos»; «Cañas y Barro» (.); «La condenada».

Julio CAMBA. — «La ciudad automática»; «Aventuras de una peseta»; «Playas, ciudades y montañas»; «La rana viajera».

CERVANTES. — «Don Quijote de la Mancha» (.); «Los trabajos de Persiles y Segismunda» (.).

CONCHA ESPINA. — «La niña de Luzmela», «La Rosa de los vientos» (.); «Altar mayor» (.); «La esfinge maragata» (.).

ESPINOSA AURELIO M. — «Cuentos populares de España» (.).

GOGOL N. V. — «Taras Bulba»; «Cuentos ucranianos».

R. MENENDEZ PIDAL. — «Flor nueva de romances viejos» (.); «Antología de prosistas españoles»; «La idea imperial de Carlos V»; «El Cid Campeador».

PEREDA J. M. de — «Don Gonzalo González de la Gonzalera» (.); «Peñas arriba» (.); «Sotilezas» (.); «El sator de la tierra»; «De tal palo tal astilla» (.); «Pedro Sánchez» (.); «El buey suelto» (.).

ZWEIG STEFAN. — «Brasil» (.); «La curación por el espíritu» (.).

Ediciones «CENIT».

«Ideario», por F. MELLA, 250 francos.

«El fascismo en la ideología del siglo veinte», por Fr. C. M. RAMA, 130 francos.

«La Grecia Libertaria», por Hen RYNER, 60 francos.

«Marx y Bakunin», por Fritz BRUPBACHER, 200 francos.

«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el Prof. J. OITICICA, 50 francos.

«Biografía de Bakunin», por J. GUILLAUME, 50 frs.

En francés. COLECCION «POURPRE», 320 francos volumen sencillo.

Georges ARNAUD. — «Le salaire de la peur».

Pierre BENOIT. — «Könismark».

Ersline CALDWELL. — «La route au tabac».

Alphonse DAUDET. — «Sapho».

André GIDE. — «Les caves du Vatican»; «L'Ecole des femmes»; «Les faux monnayeurs».

Maxime GORKI. — «Ma vie d'enfant».

Ernest HEMINGWAY. — «L'adieu aux armes»; «Pour qui sonne le glas» (.).

Rosamond LEHMANN. — «L'invitation à la valse».

HERVE BAZIN. — «La mort du petit cheval».

V. BLASCO IBÁÑEZ. — «Les quatre cavaliers de l'Apocalipsis».

Anatole FRANCE. — «Histoire céramique»; «L'île des pingouins»; «Le lys rouge»; «Le Petit Pierre»; «Les sept femmes de Barbe Bleue»; «Le jardin d'Épicure»; «Les contes de Jacques Tournnebrouche».

Arthur KOESTLER. — «Spartakus»; «Le zéro et l'infini».

Octave MIRABEAU. — «Le jardin des supplices».

Jules ROMAINS. — «Le dieu des corps»; «Lucienne».

B. TRAVEN. — «Le trésor de Sierra Madre».

Emile ZOLA. — «La bête humaine», «Le rêve», «Une page d'amour»; «Thérèse Raquin».

Romain ROLLAND. — «Colas Breugnot».

John STEINBECK. — «Des souris et des hommes».

Kathleen WINSOR. — «Ambre».

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».

«Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.

«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.

«Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.

«Eacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.

«Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.

«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.

«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.

«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.

«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.

«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.

«Stuar Mill», por H. TAINÉ, 600 fr.

«Froebel», por G. PRUFER, 420 fr.

«Welt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.

«Madame Staël», por Albert SOREL, 420 fr.

«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

«Atahualpa o la tragedia de Amerindia», por Neptali ZUNIGA, 600 francos.

«Mazzini», por Bolton KING, 525 fr.

«Danton», por Hilaire BELLOC, 420 fr.

«Averroes», por Ernesto RENAN, 525 fr.

COLECCION «RECONSTRUIR».

«Origen del socialismo moderno», por Horacio E. ROQUE, 150 francos.

«Ni víctimas ni verdugos», por Albert CAMUS, 100 fr.

«La voluntad de poder», por Rudolf ROCKER, 100 fr.

«Antes y después de Caseros», por SOUCHY, 150 fr.

«Georg Fr. Nicolai», por Eugen RELGIS, 100 fr.

«Reivindicación de la libertad», por G. ERNESTAN, 150 francos.

«Arte, Poesía, Anarquismo», por Herbert READ, 150 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a Va'erio MAS — Servicio de Librería del Movimiento

4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Heddomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)